UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01309346 3

LUIS G. URBINA

LÁMPARAS en AGONÍA

EDICIONES "BOTAS"
MEXICO

COLECCION MEXICO

Quedan reservados los derechos de propiedad conforme a la ley.

LÁMPARAS EN AGONÍA

LUIS G. URBINA

LÁMPARAS EN AGONÍA

CREER - CREAR

MEXICO.
LIBRERIA DE LA VDA. DE CH. BOURET
Av. del Cinco de Mayo, 45.

1914

440021
10.11.45

A la memoria sagrada

de

Justo Sierra

devotámente dedico,
como ofrenda de amor, de dolor
y de ensueño,
este libro crepuscular.

Luis G. Urbina

LUIS G. URBINA.

Acostumbramos echar sobre la obra de nuestros grandes poetas el velo irreverente de un olvido desdeñoso, y fingimos no reparar en que la poesía lírica es el único género literario que da en México visibles muestras de un desarrollo vigoroso y de una evolución bien orientada. De esta apatía tiene, quizás, la culpa, nuestra carencia de crítica que apenas comienza a apuntar en el grupo novísimo que, al par de sus juveniles entusiasmos, sus curiosidades artísticas y su desapego a la férula tradicional, cuenta con más seria disciplina y con mayor preparación para emprender, no sólo aquellos trabajos de erudición necesarios para allegar documentos (hoy por hoy escasos y perdidos en el polvo de las bibliotecas), sino el afán loable de ir directamente al espíritu del libro, al alma del au-

tor, presente y activa en toda obra de arte con tal que ésta traspase los linderos de la insignificante mediocridad.

La indiferencia de nuestra crítica no se compensa con el platonismo de nuestra admiración ni con el aplauso que en frívolos salones, corrillos literarios y graves academias, suele tributarse a los poetas ungidos con el óleo santo de la notoriedad. Nos contentamos con sentarnos en el umbral de la obra de arte, y una vez que el verso entra en nuestro corazón, tras de sonar melodiosamente en nuestro oído, hacemos del poeta una clasificación vulgar que nada dice y nada revela de la psiquis misteriosa que ha elaborado la canción en un momento de emotividad sagrada. Con llamar místico a Nervo, descriptivo a Othón, parnasiano al autor de "Lascas" y romántico a Urbina, creemos haber fijado los valores definitivos, y no caemos en la cuenta de que con esa disparatada y superficial nomenclatura no hemos desflorado siquiera la obra de arte con que cada uno de los poetas mencionados ha contribuido a la evolución lírica nacional. No hace muchos días que un escritor de fuste llamaba a nuestro Duque Job "el elegante Gutiérrez Nájera," y el epíteto resulta bien triste y da la medida dolorosa de nuestra inconsciencia, al pensar que ese "poeta elegante" es

no sólo uno de los más nobles temperamentos literarios de que podemos enorgullecernos, sino que su influencia, perdurable en la poesía de hoy, es una de las más indiscutibles, más significativas y más hondas.

Si para criticar una obra de arte es fuerza pasar por los tres estados de que habla Guyau: el del interés despertado por una primera lectura, el de la comprensión conseguida a fuerza de familiaridad con la obra, y el del amor creado por la unificación perfecta con el espíritu del artista, es preciso confesar que siempre nos quedamos en la primera parte de esta labor intensa, y que no cuidamos ni de razonar nuestra admiración ni de amar profundamente lo que admiramos. Othón y Gutiérrez Nájera, cuyos nombres andan en todas las bocas y cuyos versos recogen las antologías, no han merecido, por regla general, de la crítica, sino alusiones superficiales mal meditadas, citas a granel no siempre oportunas, y apenas si, el primero, los esbozos de estudio de Puga y Acal y del maestro Sierra, y el segundo, la hermosa conferencia de Alfonso Reyes que pronto se transformará en un trabajo de mayores proporciones: tres únicas ofrendas llevadas por la crítica mexicana a la tumba de dos de nuestros más gloriosos poetas.

* * *

Luis G. Urbina, este bien amado que, con su acostumbrada asiduidad, recoge hoy la tercera cosecha de su encantadora obra lírica, ha corrido la suerte de sus compañeros y predecesores, y su labor rica, noble y delicada espera y esperará mucho tiempo el estudio que la comprenda y avalore, y que explique el por qué de nuestra fervorosa devoción hacia sus cantos. Porque no seré yo quien pretenda echarse a cuestas la tarea de reparar esta omisión imperdonable. Fuera de que no me siento crítico sereno para juzgar a un poeta a quien tanto admiro y tan profundamente quiero, me falta la fe en ese trabajo gigantesco de los que pretenden que una obra de arte debe examinarse en relación con sus similares al través del espacio y del tiempo. No sé si existe o no, si es o no fructuosa la crítica objetiva que entra en el libro a descubrir diamantes, a patentizar guijas sin valor, a demostrar influencias exteriores y parentescos lejanos conforme al criterio de una doctrina estética y de un concepto histórico más o menos absolutos o más o menos discutibles. No entiendo la crítica, al menos para mi uso propio, sino como la impresión subjetiva que en nosotros despierta una obra bella, y abrigo la

convicción de que en esto, como en todo, estamos condenados a no salir de nosotros mismos. Impresión personal y no otra cosa serán las notas que siguen sobre los versos que forman la más reciente parte de una obra poética que ha provocado siempre mi admiración, que gustosamente me he esforzado en comprender y que fácilmente he llegado a amar.

El autor de "Ingenuas," "Puestas de Sol" y "Lámparas en Agonía" es un ejemplo vivo de ese hermoso dualismo de sensibilidad e inteligencia que abre delante de los ojos del artista el más amplio horizonte de belleza. Hay que buscar allí el secreto de la sorprendente facilidad con que el espíritu de Urbina ha podido acometer, burla burlando y con cierto diletantismo aristocrático, una labor que por su variedad y su cuantía es más valiosa que la de muchos que, pensando crear obra de enjundia, no pueden o no saben disimular el esfuerzo de su producción literaria. Porque este poeta, que no ha dejado de cantar bellas canciones desde su adolescencia, hilvana sin cesar, hace muchos años, crónicas aladas, impresiones teatrales y artículos de fino humorismo que amortiguaron en el público lector de la prensa diaria el dolor producido por la pérdida del incomparable Duque Job; ha consagrado esfuerzos, y con ello ha obtenido triunfos envidiables al pe-

riodismo político, y ha escrito, en horas de solemne meditación y severo estudio, esa notable introducción a nuestra Antología del Centenario, que ha merecido el aplauso entusiástico de la crítica extranjera. Por todas estas fases de su talento, Urbina merece una consideración seria y detenida. Por ahora, solamente el poeta ocupará nuestra atención.

Urbina fue un precoz, y si esto no envuelve para él alabanza ni censura, ya que junto a inteligencias superiores demostradas temprano, hay otras innumerables que se han quedado en los comienzos, y junto a cerebros tardíos cuya labor va marcada con signos de senectud, no escasean los retardados de genio, esta precocidad del poeta Urbina da más realce a una cualidad suya que no puedo pasar inadvertida al hablar del hombre y de la obra: me refiero a su maravillosa unidad espiritual que es peculiar de sus versos y casi sin ejemplo en la poesía mexicana.

La obra de un primerizo se distingue casi siempre por una carencia absoluta de personalidad artística, y es éste, por regla general, uno de los signos distintivos de la imaginación creadora en su iniciación a la vida del arte. Múltiples influencias producidas por lecturas disímiles, esbozadas aspiraciones hacia una realización de forma que sólo la

técnica y la vida completan, y una vaguedad y una imprecisión espirituales originadas por la emotividad inconsciente, dan a la obra del poeta joven ese aspecto amorfo que rara vez deja adivinar qué rumbo seguirá el artista en su evolución ulterior y qué enseñanzas sacará más tarde de su contemplación integral del universo. Y así sucede que, a pesar de que en la obra inicial se descubran elementos bastantes para augurar la realización de una obra intensa en el sentido de la belleza, es imposible predecir la orientación que el tiempo dará a aquella labor que tiene todavía la apariencia de un presentimiento.

El libro en que Luis G. Urbina recogió sus canciones de adolescencia y primera juventud, nos presenta en toda su bella integridad el alma del poeta. Halló su rumbo desde el primer intento, y sus ojos de predestinado abarcaron, desde sus comienzos, el campo de su emotividad de artista, lo cual produjo el resultado de limitar su esfuerzo posterior a intensificar su sensibilidad poética y depurar su forma expresiva. He aquí por qué, sin temas de novedad artificiosa, sin esoterismos recónditos y sin sutilizaciones alambicadas, y con la sola, vieja y fecunda tradición emocional del amor, del dolor, de la vida y de la muerte, construye este gran poeta una

obra de unidad estética que puede servir de ejemplo y edificación a los que divagan por caminos infecundos sin encontrar la ruta apetecida. El poeta de "Ingenuas" es el mismo de "Puestas de Sol," aunque éste es más pulido y más hondo y ha penetrado ya el secreto de una técnica irreprochable; y es el mismo de "Lámparas en Agonía," sólo que éste es más otoñal, es más sabio y ha logrado departir con la vida de esas cosas que sólo se saben a los cuarenta años.

Cuando se aplica el calificativo de romántico a un escritor, se salva la dificultad de precisar un juicio. El romanticismo es, como fenómeno literario, una rebeldía, y como expresión estética, un triunfo del personalismo. "¿Quién que es, no es romántico?" ha dicho el genial poeta de "Cantos de Vida y Esperanza," y en verdad que toda personalidad vigorosa, todo escritor que deja huella en el espíritu, tiende a labrar su propio campo y siente la necesidad imperiosa de echar una mirada introspectiva a su propio corazón, donde residen todos los elementos de que han de salir las manifestaciones de la belleza. Hay quien supone que el romanticismo ha muerto y que las flamantes aspiraciones poéticas han edificado sobre las ruinas de la creación romántica nuevas construcciones, nuevas ideas y nuevas almas. Y esto no es verdad, porque aquello que el romanticis-

mo tiene de subjetivo, es fuente y origen de la lírica moderna que sutiliza más, que complica más hábilmente las emociones; pero que sigue buscando la íntima y secreta correspondencia que hay entre el mundo exterior y los estados del alma del artista. Del romanticismo ha muerto lo que el tiempo se encarga de matar en todas las escuelas literarias: lo falso, lo artificioso, lo que no tenía raíces en una emoción real; pero el subjetivismo sincero que ingenuamente narra lo que ha visto en el viaje interior que el poseedor de un verdadero numen emprende en las intimidades de su espíritu, ese no muere, porque no hay verdadera poesía que no nazca de golpear rudamente, como dijo el poeta, sobre el propio corazón.

Si alguien se ha librado de esas exageraciones románticas que hoy nos causan la misma impresión de algunos viejos retratos cuya belleza del rostro se siente afeada por los adornos de una moda ridícula, es Luis G. Urbina, cuya fina discreción, cuya vaguedad melancólica y cuyo pudoroso buen gusto están allí para dar fuerza a las opiniones de un crítico penetrante, Pedro Henríquez Ureña, que al reivindicar para los mexicanos la gloria de Alarcón, ha fijado esas cualidades como las características de nuestra psicología literaria. Urbina es un poeta

nuevo de los de más valer, porque en todo se ajusta a lo que hoy son las tendencias universales de la poesía. Si hemos de llamarlo romántico, que él acepte en buena hora esa muestra de afán de clasificación que obedece a un prejuicio inconmovible; pero si ese ha de ser el título que hemos de escribir sobre su obra poética, quédele el orgullo de saber que él es nuestro grande y casi nuestro único poeta romántico, porque nada hay de común entre su poesía honda, sincera, emotiva y saturada de verdadero arte, y la de aquellos que en la primera mitad del siglo pasado siguieron las huellas de una escuela exótica y ahogaron en un puro *pastiche* facultades de verdad que sólo por momentos asoman en sus versos. Apenas José María Bustillos, a quien la vida no dejó pasar de un augurio malogrado, puede aspirar a la gloria de haber tenido orientaciones semejantes a las del autor de "Lámparas en Agonía."

Poeta nostálgico y armonioso ha llamado a Luis G. Urbina el inteligente escritor dominicano García Godoy en un hermoso artículo que es quizás el mejor de los que han tratado de analizar la obra de nuestro poeta, y es verdad que en los versos de Urbina flota siempre sobre el encanto del ritmo, sobre la música delicada y sobre la sonoridad suave y armoniosa, un soplo de tristeza cuya sinceridad

persistente da la nota habitual de la poesía del autor de "Ingenuas." Nostalgia ¿de qué? De lo imposible y de lo irreparable, que, según el decir de France, son los puntos capitales alrededor de los que gira todo ideal poético. Sólo que esta tristeza de Urbina no se manifiesta en explosiones ruidosas, ni en gritos desgarradores, ni en pesimismos desesperantes, sino que sabe recibir de su alma noble, pudorosa y aristocrática, un toque de serenidad y un tinte de resignación que la transforma en noble melancolía. Ese campo del recuerdo triste y del anhelo imposible lo recorre Urbina como un viajero sabio y doliente para quien son familiares los más ocultos senderos y los lugares más recónditos. Rara vez lleva sus pasos fuera de ese campo que es el suyo; pero qué bien lo conoce; cómo nos trae de su maravilloso viaje tesoros de intimidad emocionante, y cómo nos obliga, cogidos por la magia de su palabra, a recorrer en nuestra propia vida las mismas sendas y a contemplar los mismos paisajes. Si ese horizonte de la ilusión ya ida, del amor ya muerto y del anhelo inasequible, parece estrecho a quienes gustan que el poeta se espacie por todos los aspectos de la vida, nadie negará, en cambio, que Urbina conoce esos misterios de la emoción que es suya como nadie los ha penetrado nunca, y que vuelve

siempre de su propio corazón cargado de nuevas sensaciones y de nuevas sabidurías.

Ya dije cuán marcada es en la poesía de Urbina esa ascensión constante no sólo de forma, sino de intención poética. El espíritu ha quedado el mismo; pero qué depurado y qué limpio de resabios en su viaje consciente por los dominios de su musa. El poeta ha comparado su poesía con un ruiseñor que canta día y noche sin que lo hagan enmudecer los cambios de la vida, sin que lo amedrente la noche que se avecina ni la sombra que avanza. Pero ese canto tiene cada vez más pureza, más elevación y más hondura.

Este poeta de quien ya dije que posee una inteligencia nada común en los temperamentos emotivos, ha sabido circunscribir su poesía a la emoción pura, y dejando sus especulaciones exclusivamente cerebrales para otros ejercicios más apropiados, huye de caer en ese " metafisiqueo" antipoético que ha matado muchas inspiraciones que no supieron conservarse en el justo medio de la contemplación meditativa.

Nació Urbina a la vida del arte con una de esas facilidades que valen por toda una larga preparación técnica, y corrió, por ello, el natural riesgo de la insipidez literaria. Su buen gusto le libró de caer en ese abismo, y si es verdad que ni en su primera

obra carece de acicalamiento y donosura, su alto espíritu de artista buscó sin cesar formas de perfección y sus versos fueron cada día urnas mejor cinceladas donde guardar el rico perfume de antaño para delectación de los exquisitos. Esta facilidad del poeta que en nada afea el conjunto de su producción, es causa, sin embargo, de dos reparos que pudieran ponerse en su tersa labor artística, y aquí los expreso sin escrúpulos porque el autor de una obra ya consagrada y de mérito indiscutible, tiene derecho a la verdad. El primer reparo es que el poeta diluye a veces su emoción en largas tiradas líricas, y esta abundancia, esta riqueza y esta prodigalidad roban algunas veces intensidad a la idea poética y debilitan la expresión siempre pulida y siempre bella. El segundo reparo, que la misma facilidad origina, es la afición de Urbina por cultivar géneros que no son precisamente los suyos y en los que acierta solamente a fuerza de dominar su arte como un consumado maestro. Quiero referirme a ese linaje de poesía oratoria de que son ejemplo sus arengas líricas, alguna de las cuales, principalmente la intitulada "Al cielo de mi Patria," son bellísimas y tienen, por momentos, señales evidentes de una sincera inspiración. Considero ese género en sí mismo artificioso; pero si así no fuera, nada hay más ex-

traño que él al espíritu de Urbina. Esa pompa verbal, esa sonoridad a veces hueca, esa poesía de tribuna hecha para mover multitudes y para despertar entusiasmos patrióticos, ese criollismo que no es espontáneo y ese fervor que es fácil alarde y destreza de artífice, nada tienen de común con la poesía a la sordina que ha producido los poemas de antología que se llaman "Vieja Lágrima" y "La elegía de mis manos." Estos dos poemas y cinco o seis más de la colección que hoy sale a luz, nos marcarían el punto más alto de la poesía de Luis G. Urbina si éste no nos hubiera acostumbrado a las constantes sorpresas de sobrepujarse a sí mismo. El género a que aludo y ciertos juguetillos habilidosamente compuestos por un poeta para quien la versificación no tiene secretos, en nada empequeñecen, ya lo dije, la alta poesía que Urbina ha realizado en su ya copiosa labor. Soy en este punto de la misma opinión que José Enrique Rodó, y pienso que el poeta no ha de ser eternamente feroz ni ha de estar siempre encastillado en su torre de meditación y de ensueño; pero creo también con el mismo ilustre pensador sudamericano, que es preciso algo de crueldad en un poeta que forma su propia obra de selección, para matar muchos hijos bastardos engendrados en un momento de extravío artístico.

El carácter subjetivo de la poesía de Luis G. Urbina no le veda entrar con pie seguro, con la frente alta y en la mano antorcha de la inspiración, en el terreno de la poesía descriptiva. Allí está para demostrarlo su maravilloso "Poema del Lago," quizás la obra de más aliento de su libro anterior, y una de las más ricas joyas de arte de toda su obra poética. Pero Urbina no pierde su carácter subjetivo ante las impresiones del paisaje y su poder de captación emocional funde en estados de alma las sensaciones externas, y su poesía crepuscular, de medios tonos, de tintes velados, se apodera de la visión externa y la traduce en una nota personal impregnada de su inseparable melancolía.

Este poeta de vigorosa personalidad artística y que figura absolutamente en primera fila entre los grandes líricos hispanoamericanos, que tiene su nota individual inconfundible en esa poesía crepuscular que es su emblema, no es precisamente un innovador de las formas métricas ni se ha ido por los campos de un versilibrismo desatinado a coger fáciles flores de una originalidad discutible. Limpiamente, con una conciencia perfecta de su arte y con un buen gusto digno de todo encomio, cultiva las formas métricas tradicionales y acepta de lo nuevo todo aquello que cuadra con su espíritu sano, fino y

aristocrático. Apenas en un momento de su vida de poeta, cuando un grupo reformador cuyo credo revolucionario que tuvo aquí una alta representación en la primera época de la Revista Moderna, lanzó su programa iconoclástico, se notan en Urbina ciertas tendencias a variar su procedimiento externo; pero no es él uno de esos artistas que puedan prescindir tan fácilmente de sí mismos, y pasado aquel efímero contagio de la moda reinante, volvió Urbina a su labor propia con la misma serenidad de antaño y quizás con la disculpable vanidad de haber demostrado que tampoco era reacio su espíritu ni torpe su mano para fundir su poesía en los moldes novedosos del "modernismo" literario.

Lo anterior explica por qué Luis G. Urbina, que tan alto lugar ocupa en la poesía mexicana y que es gustado y saboreado con fruición por el elemento intelectual de todos los países donde se leen sus versos, haya conseguido una popularidad envidiable. Los artistas de excepción, los Stephan Mallarmé, los Jules Laforgue, los Oscar Wilde, comprendidos de unos cuantos y encerrados en la infranqueable prisión de su originalidad suprema, nada saben de ese aplauso que viene del dialogar con el corazón de las multitudes: por ellos se dice que el alma de la colectividad y el arte puro no tienen nada de común ni

motivos para entenderse. Los mediocres, los que bajan su arte, a fuerza de impotencias creadoras, al nivel del rebaño y que no saben hablar sino "la jerga de la tribu," nunca recibirán la sanción de las almas selectas. Sólo el artista equilibrado, sincero y fuerte sabe guardar, en su torre ebúrnea, tesoros que son el exclusivo patrimonio de los que han franqueado los límites del sentir común; pero abre su mano pródiga y generosa para ofrendar a los que abajo se agitan y no pueden fijar sus miradas en la cumbres, la dádiva opulenta de su amable fraternidad. De éstos es Luis G. Urbina, y un día, cuando la mano cuidadosa de los devotos a las finas muestras de nuestra cultura artística, se apresten a colocar en nuestro nacional florilegio los más bellos poemas del poeta de "Lámparas en Agonía,'' sonarán aún en los oídos femeniles y en el alma ingenua de los humildes, tal o cual rima musicada de este poeta que ha sabido conquistar, con su canto melodioso y humano, la admiración y el amor.

Yo quisiera emprender con el lector de estos versos una excursión de arte al través de los poemas de "Lámparas en Agonía," y saborear, en grato consorcio y religiosa intimidad, todas las bellezas que el libro contiene; pero le hago gracia de ello tomando en consideración su natural impaciencia. Váyase

él solo por el melancólico jardín de los versos de Urbina, e impregne de tristeza otoñal y de meditación solemne su alma abierta a la contemplación de la belleza que vive aquí como en su propio recinto. En cuanto a la deuda que la crítica mexicana tiene pendiente con Urbina, queda sin saldar. Cuando llegue la hora de reparar esta omisión injusta, consagrará definitivamente al poeta que, fiel a su arte como la hiedra, es ya glorioso como el laurel.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.

PORTICO ANTIGUO

PORTICO ANTIGUO

A Francisco M. de Olaguíbel.

Cierra puertas y ventanas, que nunca está más segura la joya que cuando bien se guarda.—"El Mercader de Venecia," acto 2.º, escena V.

Labra, Fantasía, tu verso divino
con una paciencia de benedictino.
Acero es el arte; oro, la palabra.
Labra, Fantasía, labra, labra, labra.
Silenciosa y terca, de noche y de día,
tu verso divino labra, Fantasía.
El símil fulgura, la imagen chispea
en el misterioso taller de la idea.
¡Qué ricos metales de arcaicas historias,

de pasiones muertas y de extintas glorias!
¡Qué azules esmaltes, qué níveos marfiles
en los prodigiosos sueños juveniles!
¡Qué piedras preciosas lucen, escondidas,
en delirios rotos y esperanzas idas!
¡Hogar del recuerdo, deslumbra, encendido!
¡Muestra tus tesoros, cofre del olvido!

—

Torcida y angosta, la triste calleja;
ni sol en el muro, ni tiesto en la reja;
la casa ¡qué sola, qué muda y qué vieja!
Pero allá en lo alto,—tras de la ventana
de vidrios polvosos, podrida persiana,
y alféizar en cuyo hueco carcomido
una golondrina fabricó su nido,—
con tercos afanes y pulsos de fiebre,
de noche y de día trabaja un orfebre.
La luz de una lámpara la faz le sonroja.
Fino lapidario y hábil batihoja,
ya agita el soplete, ya empuña el martillo,
ya engasta una gema, ya encorva un cintillo,
y es gota de luna, la perla, en su brillo,

y hay mar y sol en el topacio amarillo.
—Acero es el arte; oro, la palabra;
labra, Fantasía, labra, labra, labra.—

—

Sórdido judío, Shylock avariento,
que labra las joyas de mi pensamiento,
limpia el amatiste de mi desaliento,
bruñe de mis iras el rubí sangriento;
a mis dolorosas lágrimas secretas,
como a los diamantes, les pule facetas;
hace filigranas, y monta en suspiros
de mi último ensueño los claros zafiros;
e incrusta en el ónix de mi desconsuelo
la esmeralda anémica del postrer anhelo.

—

Corazón que tocas batiendo la aldaba
del hosco postigo; corazón, acaba.
Ni finjas ternuras, ni ofrezcas placeres;
Shylock es avaro; ya sabe quién eres;
ya no has de engañarle; que te abra no esperes;
vé en pos de otras tiendas y otros mercaderes.

No turben tus voces esta casa en ruina,
con su húmedo alféizar, su obscura ventana,
sus vidrios polvosos y su golondrina,
que gozosamente, mañana a mañana,
antes que la aurora, se despierta y trina.
Corazón que llamas, ya saben quién eres;
ni finjas ternuras ni ofrezcas placeres....

—

Barbudo judío, Shylock avariento,
que escondes las joyas de mi pensamiento,
labra, Fantasía, tu verso divino
con una paciencia de benedictino.
Acero es el arte; oro, la palabra;
labra, Fantasía, labra, labra, labra....

19 de mayo de 1914.

VOCES DE LA SOMBRA INTERIOR

VIEJA LAGRIMA

Como en el fondo de la vieja gruta,
perdida en el riñón de la montaña,
desde hace siglos, silenciosamente,
cae una gota de agua,
aquí, en mi corazón obscuro y solo,
en lo más escondido de la entraña,
oigo caer, desde hace mucho tiempo,
lentamente, una lágrima.
¿Por qué resquicio oculto se me filtra?
¿De cuáles fuentes misteriosas mana?
¿De qué raudal fecundo se desprende?
¿Qué remoto venero me la manda?
¡Quién sabe!.... Cuando niño, fue mi lloro
rocío celestial de la mañana;
cuando joven, fue nube de tormenta,
tempestad de pasión, lluvia de ansias.

Más tarde, en un anochecer de invierno,
mi llanto fue nevasca....
Hoy no lloro.... Ya está seca mi vida
y serena mi alma.
Sin embargo.... ¿Por qué siento que cae
así, lágrima a lágrima,
tal fuente inagotable de ternura,
tal vena de dolor que no se acaba?
¡Quién sabe...! Y no soy yo: son los que fueron;
mis genitores tristes; es mi raza;
los espíritus apesadumbrados,
las carnes flageladas;
milenarios anhelos imposibles,
místicas esperanzas,
melancolías bruscas y salvajes,
cóleras impotentes y selváticas.
Al engendrarme el sufrimiento humano,
en mí dejó sus marcas,
sus desesperaciones, sus angustias,
sus gritos, sus blasfemias, sus plegarias.

Es mi herencia, mi herencia la que llora
en el fondo del ánima;
mi corazón recoge, como un cáliz,
el dolor ancestral, lágrima a lágrima.

Así lo entregaré, cuando en su día,
del seno pudoroso de la amada,
corporizados besos, otros seres,
transformaciones de mi vida, salgan.

—

Estoy frente a mi mesa de trabajo.
La tarde es linda. Alumbra el sol mi estancia.
Afuera, en el jardín, oigo las voces
de los niños, que ríen y que cantan.
Y pienso: acaso, ¡pobres criaturas!
sin daros cuenta, en medio a la algazara,
ya en vuestro alegre corazón se filtra,
silenciosa y tenaz, la vieja lágrima!...

Octubre de 1909.

¡QUE NOCHE TAN AZUL!

A Manuel Ugarte.

I

¡Qué noche tan azul!... Por la ventana
de mi alcoba de enfermo, triste y negra,
se filtra el blanco resplandor... Y alegra
mi soledad una visión lejana.

II

El plenilunio así... La luz de nieve
unta, en brillos de nácar, el ramaje
de la arboleda que se funde en leve
transfloración sutil. La noche llueve
su argento sideral sobre el paisaje.

El plenilunio así... La hora discreta;
la plata verde de un jardín sombrío;
el cielo misterioso; el aura quieta;
la cristalina música de un río;
un penetrante aroma de violeta.
Silencio. Soledad. Tristeza. Frío.
Pero ¡qué importa!... Se alza en la infinita
tranquilidad del campo, una casita.
Y es el balcón pequeño
—lumbre rojiza en la fachada bruna—
como un ojo risueño,
que cautelosamente vela el sueño
de la campiña gris, ebria de luna.

¿Te acuerdas todavía?... A los cristales
de aquel balcón pegamos las cabezas
juveniles, ardientes y joviales,
para ver de la noche las bellezas.
De los labios sensuales
se me escapaban besos y ternezas.
Tus cabellos olían
a rosas. Y tus ojos relucían,
con un fulgor divino,
en ojeras de espasmos turbadores,
cual dos perlas de aljófar matutino

en el cáliz obscuro de dos flores.
¿Te acuerdas? Preguntamos al Destino
en el misterio de la hora.
—"¡Oh, Sino
fatal! ¿qué nos espera
en el término blanco del camino?
¿Dónde va, peregrino
de la vida, este amor en primavera?"—

Y tu mano en mi mano
tembló como paloma. Y mi contento
se puso pensativo ante el arcano.
Y unidos pensamiento y pensamiento,
volaron audazmente.
En la infinita
tranquilidad de aquel jardín obscuro,
el pequeño balcón de la casita
ya no fue alegre, sino torvo y duro
ojo que quiere ver hacia el futuro,
y, asombrado, medita.

De repente escuché, como un conjuro,
tu voz de apasionada Sulamita:
—"¡Qué noche tan azul!... ¿La ves?—dijiste.—
"Dame otro beso y no te pongas triste.

"¿Por qué te espanta el porvenir siniestro?
"Eres mío. Soy tuya... El mundo es nuestro."
Y luego, con drolática ironía:
—"¡Cuántas como ésta, perderás, tan puras,
en infames y locas aventuras,
como Don Juan Tenorio, vida mía!"

Y volvió la alegría,
y de los besos el alado giro,
y el instante de amor que se desata
tempestuoso como una catarata,
breve como un suspiro...
Y—tal vez lo recuerdes todavía—
en el campo, y en tu alma, y en la mía,
y en el balcón pequeño
empapado de luna,
aquella noche mágica fue una
visión de luz y ensueño....

III

¿Dónde estás, juventud? (Nadie responde.
El corazón te implora.)
¿Y tú, chiquilla enamorada, dónde?
(Nadie responde. El corazón te llora).

—"¡Qué noche tan azul!..."—repito ahora
después de tanto tiempo....
Y aun me alegra
ver cómo resplandece y se engalana,
con luz de plenilunio, la ventana
de mi alcoba de enfermo, triste y negra.

14 de marzo de 1911.

NIÑERIA DOLOROSA

Rompo con el pensamiento
la curva del firmamento
que los horizontes cierra.
Busca mi alma estremecida
lo que a través de la vida
no pudo hallar en la tierra.
Allá puse mis amores,
mis tristezas, mis dolores,
mis gozos, mis ideales;
lo que esperaba, lo incierto,
las cosas que se me han muerto
y las cosas inmortales.
Lo creí lugar bendito,
y me robó el infinito
cosas puras, cosas bellas.
¡Ah! las nubes son, ¡qué infieles!

los cielos son, ¡qué crueles!
¡qué traidoras las estrellas!
Busco en vano mi confianza,
mis cariños, mi esperanza,
mis tesoros de ternura.
Me dejaron mi pobreza,
me dejaron mi tristeza,
me dejaron mi amargura.
Cuerdo soy, volvedme loco;
que me devuelvan un poco
de lo que dí y era mío.
Mirad que, airado y violento,
en un impulso bravío,
rompo con el pensamiento
la curva del firmamento....
Mas, es vano mi tormento,
ya no hay nada.... Está vacío.

EL RUISEÑOR CANTABA

El ruiseñor cantaba. La noche era divina,
toda cendal de nieve, toda cristal azul;
y en el jardín de plata, la coruscante encina
alzaba entre la sombra su cúpula de luz.

El ruiseñor cantaba. Y en un ambiente extático
dormían las praderas. Cantaba el ruiseñor;
y el viento flébil, alitendido y aromático,
soplaba el adorable cantar, de flor en flor.

Y repintó las cumbres la aurora ardiente y flava,
y levantó la alondra su trino matinal,
y abrió su seno el día... y el ruiseñor cantaba
soñando en el nocturno misterio de cristal.

Vino la siesta cálida; la tarde pensativa
vino; la noche negra sus lumbres apagó,

y el ruiseñor cantaba, como si la votiva
lámpara de la luna colgase de un crespón.

Estío, otoño, invierno, primavera... Y el canto
surgía de las verdes entrañas del jardín,
alegre o melancólico—ora risa, ora llanto—
inacabable y único, magnífico y sin fin.

El ruiseñor se había vuelto loco; se había
embriagado de luna, de sueño y de pasión,
y cantaba, cantaba!....
(Como la poesía
que llevo en el obscuro jardín del corazón.)

12 de abril de 1913.

LA FELICIDAD

Sí la conozco. Es bella. Una mañana
—maravillosamente—apareció
como una blanca sombra en mi sendero,
y me dijo:—Aquí estoy.

—¿Quién eres?—pregunté.

—La que tú esperas;
la tardía ilusión
que una vez sola viene; el prodigioso
sueño de paz de un fiel y último amor.
(Y mi alma estaba mustia; mis cabellos
grises; mi corazón helado ya).

Alcé los ojos; la miré: ¡Qué bella
es la felicidad!

—¡Piadosa mía! Llegas tarde; todo,
en mí, dormido para siempre está.—

Lloré un momento; le besé la mano,
le dije ¡adiós!.... y la dejé pasar.

20 de julio de 1913.

LA BALADA DE LA VUELTA DEL JUGLAR

A Rubén Campos.

—Dolor: ¡qué callado vienes!
¿Serás el mismo que un día
se fue y me dejó en rehenes
un joyel de poesía?
¿Por qué la queja retienes?
¿Por qué tu melancolía
no trae ornadas las sienes
de rosas de Alejandría?
¿Qué te pasa? ¿Ya no tienes
romances de *yoglería,*
trovas de amor y desdenes,
cuentos de milagrería?

Dolor: tan callado vienes
que ya no te conocía....

—

Y él, nada dijo. Callado,
con el jubón empolvado,
y con gesto fosco y duro,
vino a sentarse a mi lado,
en el rincón más obscuro,
frente al fogón apagado.
Y tras lento meditar,
como en éxtasis de olvido,
en aquel mudo penar,
nos pusimos a llorar
con un llanto sin ruido....

—

Afuera, sonaba el mar...

Noviembre de 1913.

TARDIA OFRENDA

Nadie verá el tesoro
que salvé, intacto, de mi vida loca;
en mi alma está, como en la mina el oro:
para alcanzarlo hay que horadar la roca.
Hay que llegar al corazón que cierro,
con llaves de prudencia y desconfianza,
como cofre de hierro
en donde escondo la última esperanza.
Y es para ti el tesoro que he guardado
del corazón en el secreto obscuro,
como en lugar sagrado:
es toda la pureza de un pasado
que fue más triste cuanto más impuro.
Cual diamante en el cieno
brilla en el fondo de mi sér. Es gota
de néctar en un vaso de veneno.

Es manantial que corre y va sereno
debajo de la tierra, y que no brota
por no enturbiarse. Es mi ansia de ser bueno,
mi afán de perfección que no se agota.

—

La ilusión de más nítida blancura,
el pensamiento más inmaculado,
la caricia más pura,
el beso multialado,
son para ti.—La hermética alegría
de la pasión esclava,
el placer que no hastía,
el amor que no acaba,
son para ti.—Quizá nunca los veas,
y en tu desdén liviano,
indiferente a mi tesoro seas;
quizá nunca penetres el arcano,
y en el obscuro encierro
se quedará mi amor sin que tu mano
abra el cofre de hierro.

—

¡Lámpara en agonía,
viejo delirio, rezagada lumbre
que, ya traspuesto el sol, quedó en la cumbre!
Eres terca, alma mía;
¿cómo, en la noche, sueñas con el día?

PRIMERA PAGINA

EN "PUESTAS DE SOL."

A Felicidad.

Porque toda la vida fuiste bella y florida;
porque toda la vida fuiste noble y cordial;
porque siempre soñaste; porque toda tu vida
es como un heliotropo bajo un sol de ideal.

Porque hiciste del mundo una rara aventura,
y cruzaste sin mancha por la senda del mal;
porque fuiste tristeza, porque fuiste ternura
y llenaste tus ojos de una luz inmortal.

—

Y porque en mi desierto fuiste soplo de brisa,
y en mi sombra nocturna, pálido rosicler;
porque en todos mis daños se encendió tu sonrisa
melancólica y dulce como un amanecer.

Porque al dar a mi hastío tu magnético encanto
gozar pude la amable castidad del placer;
porque diste a mis penas la piedad de tu llanto
y a mis últimos sueños tu ilusión de mujer.

—

Porque fuiste blancura de mi obscuro destino,
y, aun hiriéndome el alma con un nuevo dolor,
al pasar, me dejaste perfumado el camino
y endulzada la boca con un beso de amor.

Porque tú me inspiraste las canciones más bella
y pusiste en mis versos un aroma de flor,
y arrojaste en mi estilo, como lluvia de estrellas
las divinas palabras de la fe y el candor.

—

Van, por eso, estas hojas a tus manos de santa
Este libro es abeja que te ofrece su miel;

es el verso glorioso como una ave que canta
en la fresca penumbra del soñado laurel.

...Y disculpa la estrofa, que en su giro brillante,
caer deje en tus labios una gota de hiel;
es quizás una lágrima, tembloroso diamante
mal prendido en el oro de labrado joyel!....

7 de febrero de 1910.

DESDE UN LUGAR DE LA MANCHA....

Mortal anhelo que me sofoca,
hondo suspiro que de mi boca
no sale nunca, desdén callado,
hastío mudo, tristeza loca,
misantropía de lo creado;

¡Qué bien se ocultan en la secreta
cárcel del pecho! ¡Qué vida quieta
la que concluye todo mi drama!
¡qué alegres gestos en la careta
de la sonrisa y el epigrama!

Fui como tantos, aventurero
de la Quimera; fui caballero
de la Esperanza... Y emprendí el viaje;

velé mis armas junto a un ventero,
y alcé castillos en un celaje.

Hice gigante todo molino
rey encantado todo cabrero
heroica senda todo camino,
peón bizarro todo carnero.
No oí, en mi noble sueño divino,
ni los refranes del escudero
ni los rebuznos de su pollino.

Por todas partes marqué las huellas
de mis hazañas; salvé doncellas,
acorrí al triste y al desvalido;
desfice entuertos, y a las estrellas
alcé los brazos, de mal herido.

Volví curado de mi locura;
tiré los libros y la armadura....
Ya soy Alonso Quijada, hidalgo
de ama y sobrina, barbero y cura,
lanza y adarga, rocín y galgo.

Fui como tantos: viví a la buena
de Dios, aprisa, con alma llena

de afán curioso, de ansias cordiales,
sin egoísmos para la pena,
sin avaricias sentimentales.

Fui como tantos: audaz e iluso;
—amor constante; dolor intruso;
tras los ensueños los desencantos;
pesar, preciso; placer, confuso;
memorias, tristes.—¡Fui como tantos!

Hoy es ceniza lo que fue brasa;
ya mi cerebro no se propasa;
no me imagino del mal azote,
y cuando salgo, no torno a casa
con las tristezas de Don Quijote.

¿De qué me quejo? ¡Si el mundo es ancho,
si el buen sentido rige la idea;
si el regio alcázar se volvió rancho!
¡Qué razón tienes, amigo Sancho:
la zafia Aldonza no es Dulcinea!

Ya no hay quien grite:—¡qué desatino!—
Amor, Justicia, Fe y Esperanza;

se perdió el noble sueño divino...
¡Ventero! Dame buena pitanza,
cómodo albergue y añejo vino.

¿Por qué este anhelo que me sofoca,
y este suspiro que de mi boca
no sale nunca, y este callado
desdén, y esta perenne y loca
melancolía por lo creado?

¿De qué me quejo? Voy por el mundo
ya no sangrante ni furibundo;
feliz, risueño, sin un ahinco:
no me desdeñes, sabio profundo,
ya me enseñaste cuántas son cinco.

Voy por el mundo sin desengaños,
sin ilusiones, sin los extraños
romanticismos de la ternura;
porque mis cuerdos cuarenta años
no me permiten esa locura.

Y llevo a cuestas mi poesía,
como el muchacho que noche y día,

para recreo de gente baja,
lleva en su viejo palo la caja
del organillo de Berbería.

1910.

EL ROSAL ENAMORADO

Versos a una niña.

Oye... Es así como pasa;
en el jardín de mi casa
que nadie cuida, y florece
con solicitud piadosa,
un viejo rosal me ofrece,
tarde por tarde, una rosa.

Yo estudio; mas al momento
en que invade mi aposento
la niebla sutil y obscura
que va borrando colores,
abandono la lectura
y salgo a ver a mis flores.
—Esta *a* del acusativo

no es error gramatical,
que bien me sé lo que escribo:—
¿mi extravagancia perdonas?
yo pienso—¡es original!—
que las flores son personas,
principalmente el rosal.
¡Vieras con qué inclinación
de galán frente a su dama
me tiende un lindo botón
en la punta de la rama!
El rosal—no es ilusión—
me ha comprendido, y me ama.
¡Y qué ademán donjuanesco,
qué gallardo y ágil brío
tiene, al darme el rojo y fresco
vaso de seda y rocío!
Parece decir: exhalo
fragancias en tu loor;
sueñas mucho, y eso es malo;
pero es por lo soñador
por lo que yo te regalo,
tarde por tarde, una flor!

Femenilmente se entrega
la planta, y es tal su anhelo,

que me figuro que brega
por arrancarse del suelo.
A veces, cuando se inclina,
clava en mi mano una espina,
y así, siento sus querellas,
y oigo a un pájaro que trina
feliz, bajo la divina
claridad de las estrellas.

Y mientras bajo el imperio
de la noche azul, medito,
pasan horas de misterio,
de leyenda, de infinito;
y yo, con el alma abierta
a lo sobrenatural,
evoco mi vida incierta
y sueño en mi novia muerta,
transfigurada en rosal.
Y mi espíritu se asombra
con imposibles deseos,
y en la sombra, alguien me nombra,
y hay, en la trémula sombra,
palpitación de aleteos!....
Es lo único que le queda
al pobre corazón mío:

una ensoñación que rueda
al fondo de un desvarío,
y una linda flor de seda
salpicada de rocío.

Aquí tienes lo que pasa
en el jardín de mi casa
que nadie cuida, y florece,
donde—cual dádiva hermosa—
un viejo rosal me ofrece,
tarde por tarde, una rosa....

25 de agosto de 1913.

MAS ALLA DE LA MELANCOLIA

Por la noche, moviendo en mi gaveta
baratijas de antaño, pequeñeces,
viejas cartas, reliquias amorosas,
mi fútil colección de antigüedades,
noté que, bajo unos papeles grises,
oprimían mis dedos un relieve
compacto, mas suave.... Era una rosa,
una rosa marchita, cuyos pétalos,
de un amarillo sucio, parecía
que fueron blancos... ¿Quién decir pudiera
el tiempo que hace que esta flor se esconde,
olvidado cadáver de algún sueño,
en su polvosa tumba de papeles?
Arrugada, deforme, seca, enjuta,
la vi, de pronto, con su aspecto raro,
como un muerto reptil. Y la memoria,
por la curiosidad esclarecida,

empezó a urdir su tela de añoranzas.
¿De quién fue? ¿Cómo fue? ¿Por qué la guardo?
Y pasó radiante, en las tinieblas
de mi mundo interior, como a un prestigio,
la cabalgata histórica, la antigua
visión de mis deseos, la frenética
ronda de mis pasiones insaciables.

Las mujeres que amé: desde la niña
ingenua y dulce, que cantó en mi espíritu,
como una alondra al despuntar el alba,
a la sensual faunesa, que en las noches,
como un vampiro, me sorbió la sangre.

Toda mi juventud, mis devaneos,
mis amores profundos y dolientes,
la simpatía desflorada apenas,
el *flirt* galante, audaz y malicioso.

Y la sonrisa trasmutada en beso,
y la ilusión deshecha en desencanto,
y la esperanza convertida en pena,
y el ideal cristalizado en lágrimas.
(¡Oh! Las metamorfosis misteriosas:
el placer en hastío, las quimeras
en sufrimientos, y la vida en muerte).

Y la curiosidad espoleaba
a la memoria en vértigo, que iba,

en su correr fantástico, batiendo
la desnudez de mi alma, por castigo
atada a ese caballo de Mazeppa.
¿De quién fue? ¿Cómo fue? ¿Por qué la guardo?
Y aquella flor momificada—hosco
talismán de un pasado que se esfuma—
conservó, impenetrable, su secreto.
Todo me lo contaron los papeles:
"Yo fui un amor ligero y caprichoso;"
"yo, un dolor muy profundo y muy callado;"
"yo, regocijo amable;" "yo, tristeza,"
y "yo, desdén," y "yo, coquetería."
Las reliquias de antaño refirieron,
charla que charla, frágiles historias
de aventura y milagro, de inocente
castidad, y de ardor voluptuoso,
y de noches azules y románticas
cuyo claror lunar se desleía
en negros fondos de jardín, y de otras
cárdenas noches de agonía inmensa,
y lujuria, y pasión.... (Rebelde carne,
¡cómo sentiste, en el espasmo, el duro
estímulo brutal del sufrimiento!)

—

Nombres, fechas, lugares, episodios,

músicas y matices de mi vida,
vinieron, evocados ágilmente,
por mi dócil tristeza; mas el viejo
cadáver de la rosa quedó mudo.
¿De quién fue? ¿Cómo fue? ¿Por qué la guardo?
Y la memoria no me dijo nada.
—¡Pueril anhelo de buscar la estela
de la vida que pasa, bien conozco
que ya la juventud está muy lejos!—

—

Tal vez la rosa muerta vino un día,
pura y fragante, a perfumar mi mano,
y a traer, en sus pétalos de seda,
una ilusión, una esperanza, un ósculo.
Tal vez lucía, como joya, en una
gran cabellera de mujer, y tuve
el capricho infantil de arrebatarla
entre la tempestad de las caricias.
Quizás fue adorno fúnebre en un negro
ataúd, y al fulgor de los blandones
la recogí devotamente, como
cáliz para mi llanto de amargura.
¡Quién sabe! Hoy sólo es una flor muerta,
un despojo emblemático, un olvido.

Besé el cadáver de la rosa, y luego
lo enterré en su sepulcro de papeles.
Y pensé: ¡Baratija! tú, ¿hasta cuándo,
corazón, que me pesas y sofocas,
te quedarás como esta flor: deforme,
marchito, seco, mudo para siempre?

Marzo, 1912.

CANCIONCITA VULGAR....

A Manuel Ponce, mi hermano.

Ilusión, que vienes tan tarde,
de no sé qué blanca región,
para anidar en un cobarde,
débil y roto corazón.
Ilusión, loca golondrina,
ya se fue la dulce estación
primaveral, clara y divina,
y ya el invierno se avecina,
hay hojas secas, y neblina,
y frío está mi corazón.

Ilusión, ¿por qué no viniste
cuando era el alma una canción,

y una gran rosa, bella y triste,
de luz y ensueño el corazón?
Ilusión, la vida me juega
ahora y siempre su traición;
ya sé quién eres, ave ciega
que entraste a un roto corazón:
un desencanto que a mí llega,
un sufrimiento que se entrega
bajo el disfraz de la ilusión.

Diciembre de 1910.

COQUETERIA

Bajo las enredaderas
que, alumbradas por la luna,
finjen, en fondo de sombras,
bordados de plata lúcida,
se abre la exigua ventana,
entre las piedras obscuras,
y es un manchón de amarilla
claridad en la penumbra.

Los blancos y leves tules
de los visillos, fulguran,
cual fina gasa de oro
transparente. Y la luz cruda
de aquel interior, se vuelca
hasta el pavimento, en una
ráfaga oblicua que prende
la temblorosa figura

de un radiante cuadrilátero,
en la tiniebla nocturna.

—

Es mi barrio. En la plazuela
todo duerme; nadie cruza
desvelado y nocharniego.
De la torre, en que relumbra
la cruz de azulejos, caen,
argentinas y profundas,
las horas.
Frente a la casa,
yo aguardo, lleno de angustia,
reclinado en el musgoso
brocal de la fuente pública.

—

De repente, en la ventana,
a líneas firmes y bruscas,
como de chinesca sombra,
todo en negro, se dibuja
el perfil de un busto: ¡Es ella!
El corazón apresura

su latido, y la alegría
se me desborda y me inunda.
Miro abrirse la vidriera,
y el claro se me figura
el rompimiento de gloria
de un cuadro místico. Juntas
las luces del aposento
y las luces de la luna,
ponen un halo de virgen
en la cabellera rubia
de mi amada, que se asoma
y ansiosamente me busca,
y alza una mano y me llama,
y, con voz débil, pregunta:
—¿Estás ahí?
—Sí, mi reina,
—digo acercándome;—alumbra
mi pecho con tus miradas,
mi vida con tus ternuras.
Y empieza el diálogo: frágil,
trivial, pueril, sin ningunas
altisonantes palabras,
ni observaciones agudas;
un coloquio sin retórica,
de frase sencilla y pulcra,

que se nos entra en el pecho
y allí se nos vuelve música.
—¿Me quieres?
—¡Con toda el alma!
—¿Me olvidarás?
—¡Nunca, nunca!
Y el reloj suena en la torre,
y el cielo las nubes surcan,
y los astros se deslíen
como cristalinas púas;
y las ternezas se vuelven
besos pensados, y puras
caricias en el espíritu,
y entre los labios, azúcar.
No hay escala, porque no
se necesita: la altura
su amor baja, hecho promesa;
sube mi amor, hecho súplica.
—Ya es muy tarde: vete....

—¡Adiós,
mi bien, me voy; pero jura
que eres mía, sólo mía....!
—Sí lo juro, sí soy tuya.
Y se cierra la ventana;

y todo el muro es penumbra,
y yo camino alumbrado
por mi dicha y por la luna.

—

Este es el cuento de todos,
este es mi cuento: aventura
de poeta adolescente
en pláticas con la musa.
Este es, señora, el recuerdo
de mi juventud, que turba,
de cuando en cuando, el reposo
de la memoria confusa.
¿Corriente? ¿Vulgar?... Sí; pero...
son mis veinte años que cruzan
—golondrinas en bandada—
por la desierta llanura
—nieve sin sol—de mi vida.
La emoción es importuna:
ya lo sé, señora, y pido
a vuestra bondad, disculpa.
¡Hermosa fiesta; elegante!
¡Cuántas lindas criaturas!
¡Qué aristocrático ambiente
siglo diez y ocho!....
Preludian

un vals.... Os dejo, señora,
algo triste.... ¿Por ventura
hurgando memorias viejas,
vos, también, soñáis en una
ventana que da al pasado?
¿Sois sentimental? ¿Os gusta
romantizar esta prosa?
Dejad que bese las puntas
de vuestros guantes, en seña
de alianza. Porque sin duda,
vos y yo sentimos cómo,
por el alma taciturna,
un aire de primavera
pasa, dejando frescura
en las hiedras de las ruinas,
y en las flores de las tumbas....

Agosto de 1909.

MATTINATA

Amanecí poeta. ¡Buenos días,
claridad de los cielos, honda y quieta!
¡Valle patrio, salud! ¡Montañas mías,
salud! ¡Salud, azules lejanías!....
¡Qué alegre estoy! Amanecí poeta.
He abierto la ventana
a la luz de cristal de la mañana.
porque un travieso gnomo,
que interrumpió mi sueño, "ábrela—dijo,—
ya va muy alto el sol, ábrela, como
abres tu corazón al regocijo."
Hay una vida nueva,
divinamente nueva y milagrosa
que substituye a la árida y longeva
vida de ayer... (La pena, ¿qué se ha hecho?...
Parece que llevara yo una rosa
recién abierta en lo interior del pecho).

No soy un pensativo
cuya memoria, entristecida y flaca,
el recuerdo del mal lleva cautivo;
no es exquisita la emoción que vivo;
es una sensación paradisiaca,
es un cándido asombro primitivo.

Y el horizonte es una gran sonrisa
hecha de resplandores y destellos;
entre la bruma gris, el sol se irisa;
las magnéticas manos de la brisa
sacuden y embalsaman mis cabellos.
¡Qué paisajes tan bellos!
¡Qué suntuosas e imprevistas galas
en mustio Otoño, de ágil Primavera!
Mi espíritu es alondra mañanera
que vió la luz y desplegó las alas!
¿Quién me dió esta mirada de cariño
para ver un ambiente tan sereno?
¿Por qué me siento niño?
¿Por qué me siento bueno?
Mi alma no es hoy barranco
de tinieblas, sino cumbre de gloria.
¿Quién la limpió de escoria?
¿Quién la vistió de blanco?

¡Canta, corazón, canta,

tu hora de libertad! ¡La vida es santa;
y me da, hermosa y santa, en su belleza,
como supremo dón omnipotente,
el goce de sentirme un sér consciente
en el seno de la naturaleza!
¡El Dolor, la Tristeza!
¡qué mundos tan pequeños!
¡qué extrañas ilusiones!
¡qué efímeros ensueños!
¡qué frágiles visiones!
¿Con qué fuerza se alcanza,
a volver la plegaria toda grito,
la aspiración al bien, toda infinito,
y el amor inmortal, todo esperanza?

La claridad del cielo, ¡qué quieta!
En el confín, ¡qué azules lejanías!
¡Qué profunda la paz y qué secreta!
¡Salud, valle! ¡Salud, montañas mías!
¡Qué alegre estoy! ¡Amanecí poeta!

Septiembre de 1909.

SERENATA DE ANTAÑO

¿Qué luz enciende un paraíso
de mi recuerdo en la aridez?
¿Qué voz te canta de improviso,
vieja canción de mi niñez?

Evoco.—Vibra la vihuela
en la nocturna soledad,
y de mi barrio en la plazuela
flota una azul visión lunar.

Zafiro el cielo; el aire plata....
Y bajo el trémulo fulgor
cruza la ardiente serenata
llena de vino y de pasión.

La escucho al pie de obscura reja
prendida a un muro conventual.

¡Oh calle sola! ¡Oh casa vieja!
¡Oh serenata de cristal!

Soy un rapaz enamorado
de una chicuela - querubín;
por quien escribo, apasionado,
versos de amor con pizarrín.

Y la clorótica chicuela,
es una alumna muy formal
que me habla siempre de su escuela
con presuntuosa gravedad.

Pero ¡qué música tan linda
hace a mi novia estremecer,
y pone en su boca de guinda
un sensual gesto de placer!

Los dos sentimos un anhelo
de vaga voluptuosidad,
y nos parece que del cielo
baja aquel tema popular.

Sentimos que la vulgar queja
es un anuncio de dolor,

y entre las barras de la reja
se busca nuestro corazón.

¡Y cuando el éxtasis provocas,
tu ritmo tiene tal virtud,
que unes las manos y las bocas,
canción lejana en noche azul!

—

Tema olvidado, ¿a qué volviste
sin la chicuela y el rapaz?
El es un viejo gordo y triste;
ella se fue... ¿Dónde estará?

—

¿Qué luz enciende un paraíso
de mi recuerdo en la aridez?
¿Qué voz te canta de improviso,
vieja canción de mi niñez?

Abril 2 de 1913.

A NAUSIKAA

No arrojes tu ilusión en esta mansa
corriente de mi vida, que hoy es pura
linfa que bajó ciega a la llanura
y del inútil batallar descansa.

No agites en mi espíritu sereno,
que ya casi olvidó que fue torrente,
limos y fangos de pasión. La fuente
es azul, ¿ves?; mas en el fondo hay cieno.

Déjala, cristalina y transparente,
mecer en calma un pétalo de rosa,
donde, al són de la música de un trino,
como en esquife perfumado y fino,
alguna fatigada mariposa
se embarque, rumbo al *florestal* vecino.

Cesa en tu audaz y juvenil empeño.
Pasa tranquila, candorosa y bella,
y asómate a mi espíritu risueño:
en él brilla la luz de un limpio sueño
como en un lago una remota estrella.

¡Paz, inefable paz la que corona
las secretas borrascas de mi vida;
serena paz que todo lo perdona,
y que, bañada en fe, todo lo olvida!

Las ansiedades del amor enferman.
No enturbies ya las aguas del Leteo
en que boga mi espíritu... que duerman
limos de mal y fangos de deseo.

Yo sigo en pos de la inmortal aurora
que presienten las cumbres....
Es la hora
en que el ánima, trémula y vestida
de claridad, piadosamente llora.

No arrojes, lisonjera y atrevida,
la ilusión juvenil y tentadora
en la mansa corriente de mi vida!

Marzo 21 de 1913.

INVOCACION A UNA SOMBRA

A Nikyta.

Sombra fiel, clara sombra de querube,
sombra del *más allá*,
que en pos de mí, como invisible nube,
calladamente vas;

¡qué amor, qué gran amor, qué amor profundo
el que sientes por mí,
cuando dejas el cielo, y por el mundo
me persigues así!

Fantasma azul, y misterioso, y manso,
y dulce y celestial,
que haces renunciamiento del descanso
por librarme del mal.

¡Gracias! Estás aquí; siempre te siento
en la hora del dolor,
cerca de mí, sobre mi pensamiento,
junto a mi corazón.

¡Gracias, madre! Ya ves: tu hijo está triste,
y en tu inmensa bondad,
sufres por esta vida que le diste
y le tienes piedad.

Y esta vida tan triste fue tu muerte;
que, al mismo instante, de un
propio lecho nupcial, labró la suerte
mi cuna y tu ataúd.

Estréchame en el flúido de tu abrazo,
sombra de querubín,
y abre la eternidad de tu regazo,
que me quiero dormir.

Bríndeme de su apoyo la delicia
tu mano sideral,
ya que no pudo hacerme una caricia
en su forma carnal.

Negro el presente está; negro el pasado,
y negro el porvenir,
y a tientas voy, como un niño extraviado,
por la noche sin fin.

Mas a través de tu alma—fino encaje
de luz—yo veo a Dios,
como a través de un diáfano celaje
se ve brillar el sol.

¡Sombra fiel que vigilas la asechanza
del dolor y del mal,
resucítame—¡oh madre!—la esperanza
que murió de esperar!

—

En pos de mí, va, por las negras zonas
del mundo, tu virtud,
y si delinco, siempre me perdonas,
y si padezco, nunca me abandonas,
¡mi amor, mi madre, mi fantasma azul!

Noviembre 8 de 1912.

CONFESION

Bien está: me río
porque es una forma de pudor la risa;
pero muy adentro, muy solo, muy mío,
un pesar cansado se me vuelve hastío
y un último anhelo se me extingue aprisa.
Mas no me contemples tan sólo la cara;
acerca a mi espíritu—que es vaso pequeño—
tu vida, radiante de júbilo, para
gustar de la gota de miel de un ensueño.
Del juvenil cántico,
un eco remoto queda todavía
en tal cual epigrama romántico,
y en una que otra sutil ironía.
Hace tiempo adquirí la destreza
de ser frívolo. Ve mi alegría:
¡qué de cuándo en cuándo sale la tristeza
en un gesto ambiguo de melancolía!

Vivo y basta. Muerdo los frutos amargos
de mi otoño, anuncio de un vecino invierno;
para mi fastidio los días son largos,
ásperas las piedras, y el camino, eterno.

¡Bah! ¡No importa! Deja que alumbre mi paso
una intermitente luz de poesía;
yo voy como todos, sin rumbo, al acaso...
Bebe, y no preguntes si hay hiel en el vaso:
¡Déjame que ría!

LOS SONETOS DE LA VIDA QUE PASA

A LA INTRUSA

No, rondando mi casa, desconfíes
de entrar en ella; ven, estoy dispuesto
para emprender el viaje; soy un resto
inútil, de pasados frenesíes.
Como única esperanza me sonríes;
en el herido corazón te ha puesto
el dolor, tal como en el frágil tiesto
reflorece una mata de alhelíes.
No te salí a buscar por no hacer ruido;
por hundir mi tristeza en el olvido,
y así calmar la fiebre que me abrasa.
Entra, y extingue al fin, días inciertos;
que, a recibirte, siempre están abiertos
mi corazón, mis brazos y mi casa.

Enero de 1911.

A CASANDRA

Noble criatura: Tu incesante anhelo
de atormentada vida; la tortura
del Dolor y la Muerte; la amargura
visionaria del Mal y el Desconsuelo;
el afán de cilicio y de flagelo
para tu carne joven; la locura
de tu alma—cáliz lleno de ternura
donde florece un pálido asfodelo,—
insanias son en que tu sér apura,
en ideal y falsa desventura,
cuanto de hermoso y grande te dió el cielo.
¡No hay en la juventud, noble criatura,
llanto sin risa, sombra sin blancura,
tristeza sin placer, ala sin vuelo!

Septiembre de 1909.

TERQUEDAD AMOROSA

Ni un momento te olvido, ni un momento
he dejado de amarte. Todavía
en mi espíritu vives, y eres mía,
y a ti va, sin cesar, mi pensamiento.
Por mi profundo desfallecimiento
pasa una débil sombra de alegría
cuando la voz de tu melancolía
responde, suavemente, a mi tormento.
Como fecunda savia corre el llanto...
No, mi bien, no murió en la Primavera
la pasión que tú cantas; duerme, en tanto
que se cubre de nieve la pradera...
¡La esperanza resiste al desencanto,
las flores vuelven, y el amor, espera!

1909.

QUEJA ARCAICA

Es cierto que yo tuve en mi mano un tesoro,
una joya divina que fue mi talismán;
lo que para Aladino su lámpara de oro
y para Cenicienta su chapín de cristal.

Regalo de una fada, cuyo recuerdo adoro,
me dió el encantamiento de la felicidad:
para mis goces, risa; para mis penas, lloro;
para mis sueños, alas; para mis hambres, pan.

La Vida, que es ladrona, me acechaba. Y un día
pregunté: ¿dónde guardo mi ideal, mi alegría,
mi pasión, mis anhelos, mi maldad, mi virtud?

Nada me queda, nada. ¿Qué me importa, alma mía,
que hoy la Gloria me llame y el Amor me sonría,
si he perdido el tesoro de la infiel juventud?

SERENIDAD

Ya va casi la jornada de rendida
y aun camino melancólico y risueño;
los triviales incidentes de la vida
no enturbiaron la pureza del ensueño.
¡Alma triste que en Otoño estás florida,
y embriagada de aromático beleño,
y en la sombra, con tu lámpara encendida,
vas, impávida, en el éxtasis de un sueño!
Ni la sangre que ha brotado de tu herida,
ni el dolor, que a tu esperanza fue pequeño,
amenguaron esta llama inextinguida
en la que arde tu tristeza como un leño...
Los vulgares episodios de la vida
no mancharon la blancura del ensueño...

1913.

LUBRICA NOX

Miré, ávido, tus ojos, cual mira agua un sediento;
mordí tus labios como muerde un reptil la flor;
posé mi boca inquieta, como un pájaro hambriento,
en tus desnudas formas ya trémulas de amor.
Cruel fue mi caricia como un remordimiento;
y mi placer amargo, con mezcla de dolor,
se deshacía en ansias de muerte y de tormento,
en frenesí morboso de angustia y de furor.
Faunesa: tus espasmos fueron una agonía.
¡Qué hermosa estabas ebria de deseo, y qué mía
fue tu carne de mármol luminoso y sensual!
Después, sobre mi pecho, tranquila te dormiste
como una dulce niña, graciosamente triste,
que sueña sobre el tibio regazo maternal!

Agosto de 1911.

LA MUCHACHA A MISA VA

Y así va por la calle del barrio... ¡Con qué prisa,
menudamente, anda! Y un aire de coqueta
santidad embellece la juvenil silueta
de un mantón picaresco sobre una falda lisa.
Verde follaje asoma por las tapias. Irisa
lumbre solar, los muros. Y silenciosa y quieta
está la calle, y una fragancia de violeta
y de incienso perfuma las alas de la brisa.
El esquilón del templo llama, impaciente, a misa;
y ella va... Mas, de pronto, se detiene indecisa:
bajo un árbol la aguarda su galán, su poeta.

—

¡Símbolo de mi alma, a quien una sonrisa
de amor, detuvo siempre que, devota e inquieta,
fue, camino del templo, para oir una misa!....

Julio de 1911.

A UN AMIGO CORRIENTE

Si la onda de lágrimas que inunda
el corazón, perpetuamente, sube
y los ojos empaña, como nube
gris que el mundo exterior vela y circunda;
si, rompiendo la íntima coyunda,
toca el dolor, que encadenado tuve,
con sus radiantes alas de querube
mi frente, de amplitud meditabunda,
no turbes ese instante de mi duelo
con tu fingida compasión; resiste
al efímero impulso del consuelo,
y déjame... ¿Qué sabes tú si existe
—dón milagroso, luminar del cielo—
el placer inefable de estar triste?

Enero de 1913.

PLEGARIA FUNEBRE

Por el alma de Justo Sierra.

Padre y maestro: enfrente del medallón obscuro
que, en bronce, reproduce tu olímpico perfil,
a solas, en mi casa, pensando en lo futuro,
yo siento que contigo la muerte fue gentil.
Eras tú sabio y bueno; tu corazón fue puro
y cándido; tu alma, sublime e infantil;
tu pensamiento, nítido como un diamante; duro
tu pecho a las saetas de la maldad; viril
tu verbo noble; hirviente de luz tu poesía...
Hoy, todo es sombra y fango.—¿De qué te serviría
tu genio portentoso, nutrido de ideal?...
La muerte fue piadosa; cuidó de tus quimeras
y te cerró los ojos para que, así, no vieras
el triunfo delirante y espléndido del Mal.

Junio 12 de 1914.

TRIPTICO DE LAS SATIRAS TRISTES

UT FATA TRAHUNT

No abandonó mis labios la suave y maliciosa
sonrisa, que, en mi cara morena, es como sello
jovial de escepticismo. No se apagó el destello
de alegría en tu rostro....
Fue un instante de prosa
vulgar e indiferente, aquel instante;—cosa
pueril; ¿qué candoroso pone atención en ello?—
Saqué de mi gaveta tus cartas, tu cabello,
tus flores, cual se sacan los restos de una fosa,
y te los dí. Tu mano tomó aquellos despojos...
Y al estrechar la mía, se hablaron nuestros ojos.
(¡que siempre en mis recuerdos esa mirada irradie!)
—"Está muy bien"—dijiste.—Yo pensé: "Todo pa-
Y se quedó mi vida lo mismo que la casa (sa"...
de donde sale un muerto sin que le llore nadie.

Septiembre de 1910.

CHARLA IMPUDICA

...Y fue una mezcla rara de lascivia y ternura;
un maridaje extraño de ideal y miseria;
se encontraron un día mi locura y su histeria,
y confraternizaron su histeria y mi locura.
¡Qué florecer de ensueños en la caricia impura!
¡Qué brillar de ilusiones en la odiosa laceria!
¡Qué placer doloroso!....
—No se ponga usted seria,
señorita, interrumpo la trivial aventura.
Yo doy principio a un lance callejero.... ¡qué asco!
y usted pidió una historia romántica.... ¡qué chasco!
Señorita, perdóneme... ¿Lo que sigue? Es muy feo...
(el pecado y la carne forman vínculo fuerte).
¿El final de la historia?... La lujuria y la muerte...
—¡y aun después de la muerte la obsesión del de-
(seo!—

Abril de 1911.

SALUTACION AL SOL

Llegas tranquilo, sol de la mañana,
y reproduces, fiel, en el espejo,
con el oro sutil de tu reflejo,
mi faz marchita y mi cabeza cana.
Una pena suave, una liviana
alegría, sin mezcla de complejo
estado psicológico, hacen viejo
mi espíritu con una vejez sana.
Tú envejeces también, según los sabios,
y sufrimos del tiempo los agravios
juntamente.—Todo es cuestión de días.
¡Ah, buen sol, el vivir es un profundo
problema! Calentemos nuestro mundo
en tanto que yo expiro y tú te enfrías...

Agosto de 1912.

VESPERTINAS

VESPERTINA VIII

Te vas por el camino polvoriento
que en la triste llanura se dilata,
mientras el gran crepúsculo de plata
se obscurece como un presentimiento.
Calladamente vas, a paso lento,
por la penumbra gris. Y se desata
el aire de la noche.—¡Adiós, ingrata!—
gime, en la voz del aire, el pensamiento.
Me despedí sin llanto y sin lamento.
—¡Qué muda está la pena que me mata!—
—Ya estoy solo otra vez...—digo, y me siento
a esperar el instante que rescata
de toda angustia y todo sufrimiento...
y aun te columbro, en el confín de plata,
marchar por el camino polvoriento.

Abril de 1910.

VESPERTINA IX

Fue una tarde, del viejo jardín en la rotonda.
Las luces del Poniente brillaban en los pinos
con púrpuras sangrientas. Y un vendaval de trinos
sacudía, en lo alto, la cincelada fronda.

Sentados en el tosco brocal (en que la onda
de plata, de la fuente, deshecha en cristalinos
aljófares, cantaba), cual chispas en endrinos
velos, de las luciérnagas mirábamos la ronda.

Agonizó el Ocaso de tonos ambarinos.
Y una estrella lejana—diamante de Golconda,—
temblando en los azules y transparentes linos
del tramonto, argentaba tu cabellera blonda.

Y vi arder en tus ojos, profundos y divinos,
la puesta de sol de una melancolía honda.

y desflorar tus labios, anémicos y finos,
una sonrisa triste como la de Gioconda...

—

Y así cayó la noche frente a nuestros destinos.

Septiembre de 1911.

VESPERTINA X

Avemaría.

Ya palidecen, en azul, las llamas
de sangre luminosa, del Poniente,
y el diáfano violeta del ambiente
complicándose va de obscuras tramas.
Propicio cuadro a mis internos dramas:
el jardín, como yo, tristeza siente,
llora en silencio el chorro de la fuente,
y se querella un pájaro en las ramas.
Llega a mí, débil, soñador, retiño,
el *Angelus* del templo que blanquea,
como remota aparición de armiño,
sobre el verde brumoso de la aldea;
y una plegaria que aprendí de niño
mueve mis labios y mi vida orea.

Septiembre 4 de 1912.

VESPERTINA XI

En la cumbre.

Y una luz de esperanza, que de lejos esplende,
mo lumbre de ocaso me sonroja la faz;
el tranquilo lucero de la tarde se prende,
mo clavo de plata, sobre el Orto fugaz.
A mi espalda, el paisaje del recuerdo se extiende
co a poco, invadido por la sombra tenaz;
en la suave penumbra de mi vida, se enciende
visión milagrosa de un anhelo de paz.
¡Amorosa fatiga, la del triste viajero,
e, tras luenga jornada, llegó al fin del sendero,
oyado en los hombros de una fiel ilusión;
y se pára en la cumbre del misterio divino,
n un sueño en el alma, y una fe en el destino,
en los labios exangües una vieja canción!

ptiembre 1.º de 1912.

VESPERTINA XII

Tal como si la hubiese labrado en duro jade,
a golpe de obsidiana, prehistórico escultor,
en ásperos manchones la erguida hierba invade
el llano polvoriento que reverbera al sol.

Los grises cortinajes del horizonte dejan
transparentarse el dorso de la montaña azul,
cuyos perfiles, llenos de suavidad, reflejan
la milagrosa y virgen blancura de la luz.

Un árbol a lo lejos, parece, oblicuo y mondo,
trazo de tinta en una lámina de cristal,
y diseñada en sepia, sobre el claror del fondo,
una cabaña yergue su techo triangular.

Tedioso e invernizo paisaje sin figuras
éste que, tarde a tarde, miro desde el balcón

de mi casa de barrio que huye de las impuras
entrañas de la urbe, como buscando sol.

Aire, sol y silencio, y espacio libre, para
echar por las divinas regiones de zafir,
como un ave, mi angustia.... La soledad ampara
la tristeza, y yo tengo tristeza de vivir.

Es ora la magnífica metrópoli, espelunca;
mi hermano el hombre, es lobo famélico y brutal;
la vida es odio y cólera...

(Mas tú no cambias nunca,
Naturaleza, madre de amor y de piedad!

Mi casa y yo, en silencio, te agradecemos esta
tarde maravillosa de calma y placidez,
que sólo turba el ruido de la ciudad funesta
donde, entre sangre y fuego, luchan Caín y Abel.

A nuestra espalda truenan los ecos del combate:
soplan los estentóreos alientos del cañón,
y la ciudad, convulsa y amedrentada, late
desesperadamente como un gran corazón).

Las ambiciones locas, las deslumbradas iras
fingen un grito unánime de bien y libertad;
y entre el hervor sangriento de infamias y mentiras,
mi casa y yo pedimos sólo una cosa: paz.

Paz, la de este monótono paisaje sin figuras,
paz de cielo y de tierra que están en oración,
paz que, en luz milagrosa, viene de las alturas
y santifica el alma, como una bendición.

¿Por qué a esta dulce calma con mi ansiedad res-
Esta quietud inmensa, de púrpura y zafir, (pondo?
¿será un dolor que calla?.... Y aquel árbol del fondo
se inclina suavemente como diciendo: sí.

¡Ah! si como en el Órto, que empasta la neblina,
se ve surgir la cumbre bañada en claridad,
pudiera, en su horizonte, mi sueño que declina,
ver siempre el anhelado perfil del ideal!

Mas no: mi pecho turbio, frente a esta tarde clara,
siente tristeza, tedio, desencanto, una vara

náusea moral, deseo de que se abrevie el fin;
misericordia y asco...
La soledad ampara
las vergüenzas. Yo tengo vergüenza de vivir.

Febrero 13 de 1913.

ELEGIAS

LA ELEGIA DE MIS MANOS

A Enrique González Martínez.

Manos, mis pobres manos, instrumento
de una voluntad frágil, de un dolido
corazón y de un loco pensamiento.
Manos, mis pobres manos, que a la clave
del porvenir obscuro se han tendido
—tal como vuela al horizonte el ave—
en busca de ideal y de esperanza,
de fe, sueño y amor; manos que han sido
enemigas del odio y la venganza.
¡Oh, manos de estructura femenina,
que son la herencia de una raza fina,
de cuyo arte magnífico y bizarro
ofrecen arqueológicos ejemplos,
la curva de sus ánforas de barro
y el encaje de piedra de sus templos!

Manos tranquilas, manos laboriosas
que así tocaron, dóciles y buenas,
bien un rosal, sin abatir las rosas,
o un corazón, sin despertar las penas;
y que sufrieron, con gentil desmayo,
la ingratitud, el mal y la mentira,
sin diseñar de la amenaza el rayo
ni conocer el gesto de la ira.

Manos, que, con un leve movimiento,
si la ilusión en tacto se transforma,
llevan al insaciable pensamiento
por el mundo infinito de la forma.

Manos que no declaman
la vil comedia, manos que no llaman
al plebeyo motín, ni, en los tumultos,
puñales son que esgrimen los insultos,
ni siervas de las cóleras que braman.
¡Tan hurañas a todos los estragos!
¡Tan dispuestas a todas las justicias!
¡Tan dúctiles a todos los halagos!
¡Tan fáciles a todas las caricias!
Nunca su piel morena has percudido,
mancha de Lady Macbeth, delatora!
y, llenas siempre de vital fluido,
curan a un can, levantan a un caído,

y le secan los ojos al que llora,
y bendicen, al pájaro en el nido,
y en el cielo, a la aurora.
¡Oh manos, que en la vida pecadora,
al soñar castidades y ternuras,
fuisteis, en el oculto gineceo,
manos de liviandad, manos impuras
en la fiebre de carne del deseo.
Y que al ir por el mundo todavía,
sonámbulas de bien y de belleza,
aun queréis escribir, día por día,
las voces de una santa poesía
que recuerden mi amor y mi tristeza.
Manos que, en el grotesco
sainete de la humana tontería,
sólo saben trazar el arabesco
de una sutil y plácida ironía...

—

Ya vuestro ambiente juvenil no es sino
un aire melancólico y adusto,
languidez otoñal que pronto vino
a marchitar vuestra frescura... Es justo...
Ya no os tendéis ansiosas al Destino
para evocar de nuevo el espectáculo

alucinante de un amor divino,
y andáis temblonas, cual pidiendo un báculo
que apoyar en las piedras del camino.
Cúmplase la sentencia del oráculo
que vió la delirante Quiromancia
en vuestras líneas... Cúmplase la suerte
que abreviará, en silencio, la distancia
que va de los jardines de la infancia
a los pálidos mares de la muerte.

—

Y queréis reposar, manos... Ya pronto
se apagará la luz en mi tramonto.
Y entonces, en la sombra del olvido,
desnudas de joyeles y esperanza,
descansaréis por fin, manos que han sido
enemigas del odio y la venganza.
Y por vuestras sensuales alegrías,
y por vuestras piadosas intenciones,
y por vuestras dolientes agonías,
y por vuestros impulsos, manos mías,
de limosnas y de consolaciones;
por los vasos de todas las orgías,
y el saludo de todos los cariños;
por las sabidurías

de mover fangos sin manchar armiños,
de ser castas y ser voluptuosas,
y de los senos erigir las rosas,
y acariciar la frente de los niños;
por la virtud como por la torpeza,
por la maldad como por la pureza,
por la dulzura con que habéis tocado
el universo azul de la Belleza;
por todos los consuelos que habéis dado,
por todas las caricias que habéis hecho,
por vuestro afán y por vuestra fatiga,
cuando yo duerma en el mortuorio lecho,
¡que haya una mano amiga
que suavemente os junte, que os bendiga,
y que os extienda en cruz sobre mi pecho!...

Octubre 7 de 1911.

ELEGIA INFANTIL

¡Lucecita de cuento de hadas
que perpetuamente siguen mis miradas,
y en mi noche invernal parpadeas,
mira qué cansadas
vienen mis ideas!
De tanto seguirte por entre el ramaje
de las selvas obscuras y heladas,
de tan largo viaje,
¡qué cansadas están, qué cansadas!
Perdí la vereda, como Pulgarcillo,
y mis ansias febriles malogro,
porque no te alcanzo, ni sé si es tu brillo
—que de lejos me atrae y fascina—
la casa del ogro,
o el palacio del hada madrina.

¡Lucecita que me haces un guiño
como un ojo travieso y amable,

esperanza de un santo cariño,
ideal de un amor inefable!...
Me detengo a veces, y así como a un niño,
me asusta la noche; pero mi alma terca,
charla que te charla,
"corre—dice,—corre, que ya está muy cerca,
tienes que alcanzarla."
Y ando, ando, ando; pero nada logro.
¿Qué hallaré en esa luz diamantina?
¿la casa del ogro?
¿el palacio del hada madrina?
Y están fatigadas todas mis ideas,
y desfallecidos todos mis anhelos,
y crecen las sombras... y tú, parpadeas,
no sé si en el bosque, no sé si en los cielos...
¡Apágate, y cese mi angustia infinita!
Sé buena y apágate.... ¿No ves qué cansadas
están mis ideas? ¿qué paz necesita
mi espíritu? Apágate, buena lucecita,
lucecita de cuento de hadas...

Diciembre de 1910.

ELEGIA A JUSTO SIERRA

En un santo silencio el sol esplende.
Con luz de plata el otoñal follaje,
ya próximo a caer, brilla y se enciende.

La soledad augusta del paisaje
es toda de fulgor. Se extingue el día,
y yo persigo el término del viaje.

Dejad a mi doliente poesía—
que en la tristeza vesperal levanta
su ensoñadora y última armonía,—

que así convide a reposar la planta
del viador fatigado. En mis querellas
el ave del recuerdo es la que canta.

Surgen del arte evocaciones bellas;
y la sombra del alma se convierte,
por él, en imprevisto hervor de estrellas.

—

Tú lo sabes, maestro, tú, que, fuerte,
llamaste con tu antorcha de Hermosura
a las puertas de bronce de la Muerte.

Maestro: tu enseñanza en mí perdura.
Pasa por mi conciencia, que la alumbre
el mármol de tu olímpica figura.

Yo te sigo, señálame la cumbre;
como siempre, tu amor está en mi pecho,
y yo me abraso con su misma lumbre.

A mi llagado corazón lo estrecho,
porque es, en las borrascas de mi vida,
la única vela del bajel deshecho.

¡Qué crüel y angustiosa tu partida!
¡qué bruma en los espíritus! ¡qué amarga
tu remota y eterna despedida!

La ruta vemos hoy como más larga,
y sentimos, privados de tu aliento,
como más pesadumbre en nuestra carga.

Mas... estás con nosotros; yo te siento
cerca de mí, muy junto a mí, conmigo:
lámpara es en tu altar mi pensamiento.

Señálame la cumbre; yo te sigo,
humilde y fiel, como en la edad pasada,
¡oh, mi maestro, mi señor, mi amigo!

—

Y he aquí que viene sobre la encrespada
corriente, en actitud tranquila y grave,
la dolorosa sombra inmaculada.

Llega, amorosamente, a nuestra nave,
y sus manos de luz, claras y vivas,
—que del misterio ya tienen la clave—

cual de la juventud en las estivas
horas de sol y sueño y esperanza,
recorren las cabezas pensativas.

Del *más allá* nos trae la confianza:
"para el amor y el bien, no hay muerte"—dice—
y nos invita a la inmortal alianza.

"Haced que la belleza se eternice"
—clama su voz de oro,—y con sus manos,
de luz diáfana y pura, nos bendice!

—

Es noche ya; juntémonos, hermanos,
en torno del calor de esta memoria,
como frente a un hogar, en donde, ufanos,

al releer esa ejemplar historia,
limpia de mal, sonroje nuestra frente
la llama inextinguible de su gloria.

Azote el cierzo afuera, el inclemente
cierzo del egoísmo y la mentira;
el amor del maestro es ascua ardiente.

Su alma nos ve; su genio nos inspira,
y dentro de nosotros aun resuenan
los vibrantes bordones de su lira.

Las altas voces de su fe nos llenan
de espiritual salud, y las pasiones,
como por un milagro, se serenan.

Hay transverberación de corazones;
y cuál guirnalda, el ideal se prende
de su homérica lira en los bordones.

El, fue un excelso pensador: suspende
el ánimo, la hondura de la idea,
que es como un horizonte que se extiende

y que, en azul de eternidad, clarea.
¡Un hombre! Ved; pero la humana arcilla
con divino esplendor relampaguea.

Alma desnuda, férvida y sencilla,
luces de pronto coruscantes galas,
y tu verbo deslumbra y maravilla.

¿Qué olor de paraíso es el que exhalas?
¿Cómo tuviste, al remontar el vuelo,
ímpetus aquilinos en las alas?

Es el soplo de Dios, es el anhelo
de verdad y de bien, es la belleza,
lo que trajiste al mundo y es del cielo:

el blanco amor sin mancha de impureza,
la fe que guía, la piedad que implora,
la virtud casta y la inmortal tristeza!

—

Juntémonos, hermanos: es la hora
del recuerdo; soñad. Era un vidente;
sus ojos presentían una aurora.

Su caudaloso espíritu era fuente
de bondad sabia, cuya linfa quieta
sanaba todo corazón doliente;

su voz tenía acentos de profeta,
y en él resplandecían, vinculados,
el creyente, el filósofo, el poeta.

Con sus consejos, dulces y sagrados,
él refrescó las almas juveniles,
como el rocío matinal los prados.

Si conspiraban contra él los viles,
no alteraron el cándido y adusto
fulgor de sus miradas infantiles.

Fue la Patria su amor, el más augusto;
la Libertad su anhelo, el más glorioso;
y la Verdad su lábaro, el más justo.

Dejó, al pasar, un rastro luminoso
como cinta de sol; ¡que nos alumbre
el negro porvenir tempestuoso!

¡Yo te sigo; señálame la cumbre;
como siempre, tu amor está en mi pecho,
y yo me abraso con su misma lumbre;

a mi dolido corazón lo estrecho
porque es, en las borrascas de mi vida,
la única vela del bajel deshecho.

Mi pensamiento es lámpara encendida
ante tu altar; por mi memoria rueda
el eco de la eterna despedida.

Pero tu fe apostólica me queda,
y, para las fatigas del viaje,
es mi báculo en la áspera vereda.

En plata brilla el lánguido follaje;
mas ya decora un nubarrón siniestro
la vesperal tristeza del paisaje.

Y aún se agita en nuestra mente el estro;
aun vamos a luchar sin desconfianza;
sentimos que tú estás al lado nuestro,
y no nos abandona la esperanza,
¡oh mi señor, mi padre, mi maestro!

Septiembre 13 de 1913.

ARENGAS LIRICAS

EN EL BOSQUE SAGRADO

Chapultepec, 8 de septiembre.

Una inmensa inquietud, un largo duelo,
un temblor en las almas y en las cosas,
un reteñido suelo
con púrpura de sangre y no de rosas;
un agitado y angustioso anhelo
ante el futuro, cuya sombra avanza,
como una gran tormenta; un hosco cielo
que envuelve en las tinieblas de su velo
el último fulgor de la esperanza.
Un pueblo a quien impulsa, en el camino
del mal y del dolor y de la muerte,
la ráfaga siniestra del Destino;
un pueblo heroico y fuerte
que, atacado de insólita locura,

se lanza al laberinto de la suerte,
ebrio de libertad y desventura.
Esta es la patria de hoy, este el momento
de febril iracundia en nuestra historia,
de infortunio, martirio y sufrimiento;
mas esta obscura patria es transitoria;
alzad, por sobre el fango, el pensamiento;
el oro ha de fulgir sobre la escoria;
la luz del astro ha de triunfar del viento;
es preciso gastar entendimiento,
voluntad y memoria,
en reconstruir el blanco monumento;
esta es solemnidad propiciatoria:
hagamos el bendito juramento:
ha de volver, con poderoso aliento,
la patria del trabajo y la victoria,
la patria del amor y el sentimiento,
la patria del honor y de la gloria.

Lo juramos bajo este firmamento
que se deshace en claridad; en esta
hora de pesadumbre y desaliento,
hora amarga y funesta,
en la que, presintiendo su agonía,
la pobre patria exangüe se recuesta
en el seno de la melancolía.

Lo juramos: puedes estar de fiesta,
frondaje milenario; prende flores
a tus viejos *ahuehuetls;* que la orquesta
alada de tus pájaros cantores
alce un himno ruidoso que despierte,
con sus ecos triunfales,
las vidas que vencieron a la muerte,
las sombras de los niños inmortales.
Que así crece, del tiempo en la distancia,
salvando de la edad el negro abismo,
el sublime episodio de una infancia
que mezcló a su candor el heroísmo.

Cayó la sangre aquí, la generosa
sangre vertida en aras del decoro;
pero, al brotar, tornóse luminosa,
y al recibir del sol la flecha de oro,
cada gota de sangre se hizo rosa.

Fue una gran injusticia la que quiso,
de la guerra cruel en los festines,
arrancar del umbral del paraíso
la turba de risueños serafines,
transfigurados, cuando fue preciso,
en fiero batallón de paladines.
¡Bosque sagrado, canta!
¡Tierra de mis mayores,
tú, que sentiste la extranjera planta,

siente nuestros dolores,
y, como oración mística, levanta
el himno de tus pájaros cantores;
y, para honrar una memoria santa,
vuélvete toda flores!

¡Día azul que ves nuestros afanes,
que embelleces los llanos y los montes,
y alzas en nuestros vastos horizontes
la visión de cristal de los volcanes,
cobija en tu esplendor a nuestros manes,
sé maternal, prodígales cariños,
—mártires fueron de la lid injusta—
y besa con tu luz la sombra augusta
de los sublimes niños!

Después, danos aliento
para cumplir el sacro juramento;
esta es solemnidad propiciatoria;
alcemos corazón y pensamiento;
para alcanzar las cumbres de la historia
es fuerza reconstruir el monumento;
el oro ha de fulgir sobre la escoria;
revivamos, momento por momento,
la patria del amor y el sentimiento,
la patria del honor y de la gloria.

¡Niños sublimes: vuestra heroica y tierna
pasión nos estimula todavía!
Por más llena de horror, por más sombría,
Noche, no eres eterna.
Esperamos en pie.—¡Volverá el día!

FRENTE AL MONUMENTO DE JUAREZ

Y fue del seno de la noche obscura
de una raza infeliz, heroica y triste,
del que brotó, serena, tu figura.

No, efímero relámpago, prendiste
por un instante al horizonte, el fuego
de un sideral y lívido amatiste.

No relumbraste en la tiniebla, y luego
extinto tu fulgor, quedóse el mundo
más hirviente de sombras y más ciego.

No, señor; fue tu brillo, en lo profundo
de la terrible noche de la raza,
hundida en un sopor meditabundo,

perenne antorcha que el pavor rechaza;
fanal insomne que a los vientos reta;
astro que resplandece y amenaza.

He aquí por qué la multitud inquieta
agítase; y estamos frente a frente,
tú, la inmortalidad, y yo, el poeta.

Inmenso y grave tú; yo, reverente
y humilde; tú, marmorizado ensueño;
yo, voz que canta y átomo que siente.

He aquí llegar con religioso empeño
a ti—lo grande, el símbolo que dura;—
al hombre—lo que pasa, lo pequeño.—

Pero al pasar su pequeñez, depura
la vida; y de tu carne, ayer morena,
hace hoy, por fin, escultural blancura.

Y no se alza tu imagen más serena,
ni más radiante está de lo que entonces
fue en medio a la tenaz lucha terrena.

La puerta del no sér giró en sus gonces,
y entraste tú, llevando hasta la muerte
el color y la fuerza de los bronces.

Y así, señor, quisiste engrandecerte,
y penetrar severo en el combate;
y así, morir en él, tranquilo y fuerte.

¡Late, soberbio mármol!, late, late,
cual si tuvieses corazón; te lleva
el pueblo en su alma como a dios penate,

y tu memoria en cada hogar renueva
la gran veneración por el que pudo
surgir del negro fondo de la gleba;

por el que fue una voz del triste y mudo
genio del conquistado que aun se asombra
con la feral visión del férreo escudo;

y por aquel que el indio llama y nombra,
cuando quiere mirar, como Tobías,
a un ángel blanco en medio de la sombra.

—

Tramontaron los soles de tus días
penosos, y el Derecho, tu bandera,
ampara nuestras dulces alegrías.

El azul de tu cielo reverbera
con flamante esplendor, con el anhelo
de dar al aire luz de primavera,

oro y diafanidad, para que el vuelo
de las almas se bañe en la infinita
claridad milagrosa de tu cielo.

Todo florece en paz—la paz bendita;
la paloma del arca que atraviesa
la nube, y la esperanza resucita.—

Brilla tu monumento en la turquesa
del fulgor matinal, y hasta el ramaje
parece que se inclina y que te besa.

En ti reposarán de su viaje
azul, las golondrinas bulliciosas,
sacudiéndose el polvo del plumaje.

Hasta ti llegarán las mariposas,
y te enviarán perfumes en el viento
los rojos incensarios de las rosas.

Vela en la majestad del monumento,
gran héroe de la Ley, como en la vida:
recogido en un noble pensamiento.

Del bloque mismo en el que fue esculpida
tu imagen, evocaron los cinceles
el simbólico grupo que te cuida.

Y en la blanca materia, tus laureles
se vuelven perdurables, y así miras
que la Patria y la Gloria te son fieles.

No provocas temor ni odios inspiras;
pero quedó sobre tu ceño adusto
el resplandor de las sagradas iras.

Salvaste a la República en tu augusto
deber. Señor, estás aquí por eso,
y porque fuiste grande y fuiste justo.

En tus hombros de Atlante cayó el peso
del porvenir; tuviste la energía
de conducir un mundo hacia el progreso

a través del dolor y la agonía.
—La Patria, al recordar tus heroísmos,
se estremece de orgullo todavía.

Porque entre sus terribles cataclismos
y sus fastos gloriosos, señor, eres
como una luz que alumbra los abismos.—

Ni el odio temas, ni el olvido esperes:
no es efímera y vana tu grandeza.
¿Vive la Libertad? Pues tú no mueres.

La apoteosis inmortal empieza;
la de tu raza en ti, la que parece
una gran sombra en una gran tristeza.

La que, fosca y callada, languidece,
y en su informe quimera primitiva,
no sé qué sueños pavorosos mece.

Padre, es preciso que tu raza viva;
ella fue heroica como tú; es preciso
que recobre la fe tu raza altiva.

Padre, de tu cabaña, de improviso,
salió firme, tenaz, clarividente,
como con un fulgor de paraíso,

tu alma indígena... Entonces, en Oriente
hubo aurora, y el sol de tus montañas
con flecha de oro se clavó en tu frente.

Y fuiste conductor del pueblo; —¡extrañas
vidas, las que esperáis a que el sol hiera,
con su dardo de luz, vuestras cabañas,

mirad este alto ejemplo!—Lisonjera
es la esperanza, ¡Oh, Padre! Pero dime:
¿se cambiará el erial en sementera?

Tú, el hombre de la fe, la fe sublime,
para sembrar, da nervio a nuestra mano,
y en nuestras almas tu vigor imprime.

Que en el glorioso "excelsis" soberano,
se cante el nombre del plebeyo fuerte,
de austeridad viril, como un romano;

que en nuestro libre espíritu despierte
la admiración por ti, cuya existencia
tranquila y pura sorprendió la muerte.

Que nos envuelva, cual divina esencia,
la Libertad, pues que también nos diste
la santa lbiertad de la conciencia.

Y que en el fondo de tu raza triste
se encienda el ideal, como en la obscura
noche se enciende un pálido amatiste.

Que se levante siempre la blancura
de tu soberbio mármol; que las rosas
incensen con fragancias tu figura.

Que suban hasta ti las mariposas,
que a ti vengan los pájaros contentos
a sacudir las alas temblorosas.

Que te ofrezca la cauda de los vientos,
bañados, cual las aves en rocío,
en lágrimas de amor, los pensamientos.

Y así como en la paz, en la contienda,
en dócil calma, o en furor bravío,
como a una ara magnífica y tremenda,
llegue a regar las flores de su ofrenda
y a bendecirte, el pueblo, ¡Padre mío!

Septiembre 17 de 1910.

AL CIELO DE MI PATRIA

¡Cielo de mi patria, cielo mío, cielo
que apenas las nubes decoran y manchan;
matinal prodigio de turquesa y oro,
milagro nocturno de zafir y plata:
tú, que eres radiante como el sueño, y eres
misericordioso como la plegaria;
tú, que eres profundo como es el misterio;
tú, que eres divino como es la esperanza;
tú, que siempre pones un anhelo, y una
luz, sobre las frentes que a ti se levantan,
y a los negros antros del dolor te inclinas
a romper las sombras y a irisar las lágrimas;
mientras que el Ocaso diluye sus púrpuras
en fosforescentes visiones de nácar,
quiero hablarte a solas; necesito hablarte,
cielo de la patria!

¿Te acuerdas? Un día—hace mucho siglos—

viste que unos hombres que peregrinaban,
hoscos y gallardos, de músculos recios,
de carnes morenas y ojos de obsidiana,
llegaron, quién sabe de dónde. La tierra
era hermosa y fértil; fragantes las auras,
azules los lagos, espesos los bosques,
y asombrosamente bellas las montañas.
Desgarró los aires un grito de júblilo;
un temblor extraño sacudió las almas,
y la tribu, llena de polvo y fatiga,
detuvo la marcha.
¡Primitivo oráculo cumplió la promesa!
Y el genio fecundo de toda una raza,
realizó el obscuro destino; los dioses
tuvieron altares.
Y así fue el Anáhuac,
sacerdotal, áspero, guerrero y altivo...
¿Te acuerdas, radiante cielo de la patria?

—

Y otro día, unos centauros feroces,
vestidos de hierro, pisaron las playas
ardientes del Golfo. Venían hambrientos
de rapiñas locas y de absurdas ansias.
El sol les ponía fugaces centellas

en las hojas de las desnudas espadas,
en la flor plomiza de los arcabuces
y en la enhiesta y firme punta de las lanzas.
El sol era un velo que los envolvía;
joyel diamantino de escudos y armas,
cimera de rayos en los capacetes,
y rosa de fuego sobre las corazas.
Hijos del sol eran aquellos centauros
de ceñudos rostros y de blondas barbas,
que en sus estandartes de guerra, trajeron
la piadosa insignia de la cruz cristiana.
¡Fatídico oráculo, cumplióse tu augurio!
Lo vió el sacerdote cuando en lontananza
una tarde augusta, Véspero subía
como luminosa culebra con alas.
En el arnés férreo se embotó la flecha;
en mantos de plumas entró la alabarda;
y así la codicia su sed de tesoros
templó en sangre de héroes.
Y fue Nueva España
claustral, pintoresca, sumisa y devota...
¿Te acuerdas, radiante cielo de la patria?

—

Cielo de mi patria, ¿te acuerdas? Teñías
el Oriente con el rosicler del alba.

Entre las estrellas cristalinas, nunca
brilló más hermosa la de la mañana.
En la sacristía de un templo de aldea,
al parpadeante fulgor de una lámpara,
el cura medita. Y una milagrosa
luz, nimba la dulce nieve de sus canas.
Y en lo alto, en la torre que arropan las nieblas,
gritó:—¡Despertáos!—la vieja campana,
primero a las aves, después a los fieles,
luego a las ocultas rebeldías trágicas.
¿Qué voz sonó entonces, que fue una promesa,
que fue una caricia, que fue una amenaza,
y puso en los hombres cóleras de monstruos
y alados anhelos de voraces águilas?
Fue una voz excelsa, fue una voz magnífica,
fue una voz solemne, fue una voz sagrada;
la tierra la sabe, los labios la dicen,
y el estremecido corazón la canta.
¡Libertad! La sangre de los héroes bulle—
como vino en una transparente crátera,
cual óleo, en un vaso litúrgico—en esa
divina palabra.
¡Madre generosa, tremenda sibila,
Libertad, cumplióse tu presagio!—Santa
y amorosamente te acercaste a un pueblo
a decirle:—Es hora; ¡levántate y anda!

Y fue, desde entonces, México, impaciente,
insólito, híbrido, formado de bravas
regresiones y de viejos ideales
que recalentaron juveniles ascuas.

—

¡Qué luchas! ¡qué penas! ¡qué vacilaciones!
¡qué desbordamientos de vida en la infancia!
¡qué ciegos impulsos! ¡qué arrebatos locos!
¡y qué dolorosas inquietudes párvulas!
¡Labor escondida de gérmenes nuevos,
tenaces y obscuros trabajos de savia
que pugna en la tierra por echar al aire
las flores, los frutos, las hojas, las ramas!

—

¿Qué príncipe intruso llegó, rodeado
de gente traidora, de dolo y de infamia,
en un torbellino de ambición, que era
efímera nube de faustos y galas?
El kaleidoscopio, que hervía en colores,
en azul de Viena y en rojo de Francia,
a un golpe de sombra se apagó de pronto,
como el juego de una comedia de magia.

Un indio severo y un criollo astuto
forjaron las últimas escenas del drama...
¡Pobre Hapsburgo, pobre Max infortunado,
flor de muerte de una tragedia dinástica!

—

Y el Destino, artista tenaz, en el bloque
de un pueblo seguía labrando la estatua....
El progreso tiene fecundas bondades,
aciertos sublimes y fuerzas titánicas.
Es hijo de Júpiter; está condenado
a cargar los mundos sobre las espaldas;
y así caminamos, a través del tiempo,
sobre los seguros hombros de aquel Atlas,
en pos de los sueños que nos prometías,
¡oh maravilloso cielo de la patria!

—

Tráfagos de hormiga, zumbidos de abeja,
hay en la República que jamás descansa;
el yunque, chispea, el martillo, bate,
y sopla en las lumbres del fierro, la fragua.
Es la lanzadera del telar, travieso
pájaro que cruza la urdimbre y la trama;

y, libertadora del esfuerzo humano,
obediente y rítmica, labora la máquina.
El molino insomne, colmado el granero;
un mar rumoroso de espigas en grana;
risueños los campos, las glebas feraces,
y, sobre la altura de la paz mecánica,
en vigilia grave y enérgica, un hombre
que es, a un tiempo, héroe, tirano y patriarca.
De pronto, unas voces, débiles y obscuras,
uniéronse al himno claro del "hosanna."
Y decían: "nunca seremos felices
si la prometida libertad nos falta."
Las voces crecieron como una marea,
como un cataclismo, como una borrasca,
y las multitudes, ebrias por el canto,
a sentir volvieron las furias selváticas.
¿Verdad que lo viste, brillante y piadoso
cielo de la patria?

—

¡Cielo mío, óyeme, ya que mis hermanos,
por la pasión ciegos, sordos por la rabia,
no ven sino rojas visiones de sangre,
no oyen sino el ronco fragor de las balas!
Oyeme: despiertan primitivas cóleras,

crueles y feroces instintos de raza;
el dios de la tribu pide sacrificios,
y la tribu vuelve sacerdotal y áspera.
Oyeme: la vieja cólera de aquellos
centauros ceñudos, de amarillas barbas,
se mezcló a la ira de los hombres fuertes,
de carnes morenas y ojos de obsidiana,
y formó una sola violencia de monstruos,
un solo apetito de voraces águilas.
Mira, cielo mío, campos y ciudades:
la vida está triste, silenciosa y pávida;
la crueldad impera, la injusticia ríe,
y un temblor de muerte sacude las almas.
¡Quién creyera, ¡oh cielo! que vamos de prisa
rumbo a los jardines de la democracia!
¿Quién entre el tumulto de los oradores,
y entre las arengas revolucionarias,
al pensar en toda la sangre que vierten
los odios inicuos, las manos anárquicas,
con un hondo acento de melancolía,
no dirá cual Hamlet: ¡palabras! ¡palabras!...
Es preciso, cielo, que tú nos ayudes,
y al servicio pongas de la noble causa,
tus luces sublimes que todo lo alegran,
tus serenidades que todo lo encalman,
y tus matinales prodigios de oro,

y tus vespertinos milagros de ágata,
y de tus auroras los rojos hechizos
y las maravillas de tus noches diáfanas.
Cielo mío, diles a los hombres: cesen
vuestros frenesíes y vuestras venganzas;
la Libertad huye, con horror, de todas
las manos violentas que estrujan y matan.
Ante los despojos de Abel, la divina
Libertad no viene si Caín la llama.
Cielo mío, diles: mi sol es fecundo,
mi luz es sedante; yo soy la esperanza,
yo soy la belleza, yo soy la justicia,
yo soy el ensueño, yo soy la plegaria.
El amor es santo; la vida es hermosa;
dejad vuestras tristes y fieras vesanias,
llenad los talleres, volved a los campos...
Labrador: tu madre, la tierra, te aguarda;
obrero: no olvides que es tu compañera,
y muda e inmóvil, te invoca la máquina.
¡Benditos los hombres de bondad y aliento,
y los que consuelan, y los que trabajan....
Tú, que poner sabes un anhelo, y una
luz sobre las frentes que a ti se levantan,
oye nuestras quejas, mira nuestros males,
cura nuestras llagas,
rompe nuestras sombras,

seca nuestras lágrimas,
limpio, radiante, profundo, sereno,
misericordioso cielo de la patria!

—

"Tío Sam" acecha... Tiene un gesto ambiguo,
que parece una nota diplomática;
"Tío Sam" es fuerte; su fuerza es el dólar;
"Tío Sam" desde hace tiempo se prepara;
"Tío Sam" espía desde la frontera,
fraguando quién sabe qué oculta amenaza.
¡Ay, si proseguimos en estos horrores!
¡Ay, si prolongamos estas luchas trágicas!
Si, desenfrenados los libertinajes,
de una nación libre hacen una esclava!
¡Lúgubre presagio! ¿Vendrán los modernos
centauros, los hijos de la "Yanquilandia?"
Y ¿entonces?... ¡Entonces, vuélvete tinieblas,
y tu enfurecida tempestad desata,
y tu sol esconde, y haz de tus luceros
antorchas que humeen, extintas y náufragas.
Que las nubes bajen, y a los océanos
les pidan sus aguas,
y sobre la tierra que se precipiten,
arrastrando mundos en sus cataratas!

Entonces, entonces tus rayos enciende,
vomita tus fuegos, tus astros apaga,
cubre con tus sombras todas las vergüenzas,
hiere con tus iras todas las infamias,
tórnanos al caos, y luego... desplómate
¡oh, maravilloso cielo de la patria!

Julio de 1911.

INDICE

Págs.

LUIS G. URBINA. Prólogo de Enrique González Martínez. XI
Pórtico Antiguo. 5

VOCES DE LA SOMBRA INTERIOR.

Vieja Lágrima. 11
¡Qué Noche tan Azul! 15
Niñería Dolorosa! 21
El Ruiseñor Cantaba. 23
La Felicidad. 25
La Balada de la Vuelta del Juglar. 27
Tardía Ofrenda. 29
Primera Página. 33
Desde un Lugar de La Mancha. 37
El Rosal Enamorado. 43
Más Allá de la Melancolía. 47
Cancioncita Vulgar. 53
Coquetería. 55
Mattinata. 61
Serenata de Antaño. 65
A Nausikaa. 69
Invocación a una Sombra. 73
Confesión. 77

Págs.

LOS SONETOS DE LA VIDA QUE PASA.

A la Intrusa. 81
A Casandra. 83
Terquedad Amorosa. 85
Queja Arcaica. 87
Serenidad. 89
Lúbrica nox. 91
La Muchacha a Misa va. 93
A un Amigo Corriente. 95
Plegaria Fúnebre. 97

TRIPTICO DE LAS SATIRAS TRISTES.

Ut Fata Trahunt. 101
Charla Impúdica. 103
Salutación al Sol. 105

VESPERTINAS.

Vespertina VIII. 109
Vespertina IX. 111
Vespertina X. 113
Vespertina XI 115
Vespertina XII. 117

ELEGIAS.

La Elegía de mis manos. 123
Elegía Infantil. 129
Elegía a Justo Sierra. 131

ARENGAS LIRICAS.

En el Bosque Sagrado. 141
Frente al Monumento de Juárez. 147
Al Cielo de mi Patria. 155

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET